

MONDE

REVISTA INTERNACIONAL
Fundada por HENRI BARBUSSE

Año I — N.º 3
Año IX — No. 356

Montevideo, 15—31 de Marzo de 1936
PORTE PAGO

Director responsable:
Pedro Ceruti Crosa - Rincón 615

El Profesor I. P. Pavlov

El Profesor Pavlov había conquistado renombre universal, por su extraordinaria labor de sabio investigador. Sus descubrimientos, marcan una etapa en la historia de las ciencias.

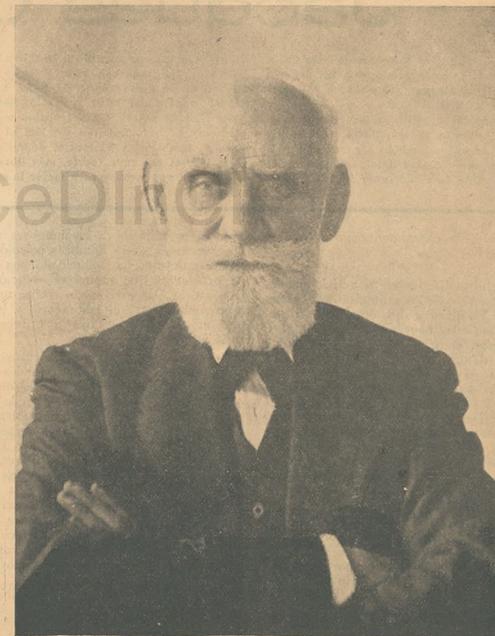
Su labor, como hombre de ciencia, está íntimamente ligada al desarrollo social de Rusia, en los últimos veinte años. La Revolución pudo ofrecerle las condiciones de vida y los medios técnicos que le permitieron realizar sus trascendentales investigaciones.

MONDE, al adherirse a los homenajes tributados al sabio maestro, con motivo de su fallecimiento, publica el artículo del Profesor N. N. Padkopayov, donde se destacan los aspectos fundamentales de la obra de I. P. Pavlov.

Los tres laboratorios que se hallaban bajo la dirección personal del académico I. P. Pavlov, se destacaban por el constante progreso logrado en sus trabajos respecto del conocimiento de la actividad nerviosa superior (conducta) de los animales y por la rápida acumulación de material cuidadosamente seleccionado. La vasta estructura de la teoría de los reflejos condicionados, elaborada o "construida" en el transcurso de 34 años, era allí perfeccionada en sus distintos aspectos. Esta obra, simultánea en diferentes terrenos de la ciencia, caracterizó la actividad de Pavlov y de su escuela.

En los últimos dos o tres años, el académico Pavlov dió un paso decisivo. En vez de continuar las investigaciones de laboratorio exclusivamente sobre los perros, comenzó a estudiar la actividad nerviosa superior del hombre, utilizando para ello individuos con cerebros funcional y anatómicamente enfermos. En otras palabras, comenzó a estudiar las llamadas enfermedades "psíquicas" y nerviosas.

Esta extensión del campo de investigación a la psiquiatría es comprensible. Fuera de que no existe una pronunciada delimitación entre la psicología y la patología, ya que estas dos ciencias se hallan relacionadas por una serie de estados transicionales, el mismo progreso de la teoría de los reflejos condicionados busca naturalmente una salida, más allá de las limi-



En el próximo número:

Un estudio del Profesor
Clemente Estable sobre
el Profesor I. P. Pavlov



«Las miserias de la guerra»

Grabado de Jacques Callot

Jacques Callot

Se ha cumplido el tercer centenario de la muerte del grabador Jacques Callot, del que reproducimos algunos grabados en este número de MONDE.

Callot nació en 1592, en Nancy, que integraba el ducado independiente de Lorena. Después de haber recibido algunas lecciones de dibujo en su ciudad natal, conoció el deseo inenovable de estudiar en Italia. Fugado

de su casa paterna se unió a una banda de bohemios, iniciando así, una vida que sería rica en viajes y aventuras. En Roma aprendió el manejo del buril y se vio obligado para vivir, a entregarse a trabajos oscuros que muy poco tenían que ver con el arte. Trabajó también en Florencia, donde adoptó la técnica del agua fuerte, más libre que la del buril y que conservaba mejor la espon-

taniedad del dibujo.

Los grabados que reproducimos, corresponden a la edad madura de Callot, aproximadamente en 1633. Su técnica es exacta, menuda, algo fría pero clara y elegante.

Tenían que ver con el arte. Trabajó también en Florencia, donde adoptó la técnica del agua fuerte, más libre que la del buril y que conservaba mejor la espon-

taciones de la experimentación sobre los perros.

Las anomalías en la actividad nerviosa superior de los animales observadas durante los últimos años en el laboratorio, en forma de neurosis experimentales, constituyen el principal incentivo para el estudio de los enfermos de clínicas psiquiátricas en los cuales la naturaleza ha realizado sus experimentos. El profesor Pavlov ha resuelto el problema de la interpretación de los procesos patológicos en la corteza del cerebro desde el punto de vista de la teoría de los reflejos condicionados.

En este sentido se obtuvieron posteriormente grandes éxitos. El mecanismo psico-patológico de todas las neurosis principales—histeria, psicastenia, neurastenia y también las psicosis como la esquizofrenia y ciclofrenia—fue analizado y explicado. Se estudiaron, por tanto, las unidades de clasificación principal de la psiquiatría moderna.

No podemos entrar aquí en un análisis de la teoría del profesor Pavlov. No obstante, está claro que la interpretación del mecanismo de las condiciones patológicas de los amplios hemisferios no sólo presentan un acontecimiento de gran significación teórica sino que de inmediato sugieren métodos de tratamiento estrictamente científicos. En este aspecto, como se sabe, la psiquiatría es desgraciadamente muy débil.

Los datos de laboratorio obtenidos en la observación de los animales ha facili-

tado el estudio sobre los hombres y las observaciones sobre hombres psicológicamente enfermos han dilucidado una serie de problemas que requerían solución de laboratorio. De este modo creóse un útil intercambio entre el laboratorio y la clínica cristalizando en una fructífera síntesis para ambos.

Entre los últimos acontecimientos en la teoría de los reflejos condicionados está la formulación y el comienzo de solución del problema de los genéticos en la actividad nerviosa superior. Este problema se sintetiza en las siguientes palabras inscriptas en la fachada del Instituto Biológico de Pavlov en Kotuchin: "El estudio experimental de los genéticos de las funciones nerviosas superiores y sus efectos". Este problema, cuya importancia teórica y práctica es enorme, se debe como el anterior a la experimentación de laboratorio, especialmente en la investigación de los tipos de actividad nerviosa superior en los perros.

Asimismo en los laboratorios dirigidos por Pavlov se realizaron amplias investigaciones acerca de la influencia de distintas sustancias farmacológicas sobre las funciones del cerebro.

Toda una serie de problemas al respecto, que hasta hace poco permanecían desconocidos fueron aclarados por el notable investigador. Entre otros, el problema de la formación de los reflejos condicionados en las zonas retardadas de la corteza cerebral. Los reflejos condicionados se formaron de estímulos indiferentes, cuando estos eran precedidos de estímulos incon-

dicionados. Estos reflejos condicionados "retrogrados" se comportan de una manera peculiar; se distinguen por su inestabilidad y, no obstante, están perfectamente definidos. Este sirve para una base estrictamente fisiológica en los problemas de asociación en el terreno de la "subconciencia".

Esta breve síntesis permite apreciar la obra realizada por Pavlov en sus laboratorios y clínicas, las cuales hacen posible una interpretación más amplia de las leyes que rigen la actividad nerviosa superior, facilitándonos un arma para combatir activamente las desviaciones de la normalidad.

N. PODKOPAYOV

LA PRUDENCIA, MADRE DE LA SEGURIDAD

"El Nuevo Avanti" publica en su número del 28 de Diciembre último, la siguiente información: "BARCELONA. — El 7 del corriente, mientras que el transatlántico italiano "Augustus" se preparaba a aparejar, como consecuencia de una denuncia, la policía hizo irrupción a bordo, donde descubrió 35 kilos de oro, 7 de platino y 1.300.000 liras en billetes de banco que no habían sido declarados. Este tesoro pertenece a la familia "Ciano - Mussolini, e iba dirigido a los "Hermanos Lambrucini, de Barcelona".

François Grucy

Génesis de un Conflicto

FEBRERO 1934. — La tensión del cambio italiano revela al observador extranjero la realidad del mal que domina al fascismo. Más que poner en descubierta una flaga, que es incapaz de mantener oculta, Benito Mussolini, por momentos, inflige agravio sugiriendo al vicio enemigo, el régimen capitalista, por cuyas faltas él deberá pagar y de cuyos compromisos no puede escapar.

Hay que hablar el idioma del maestro. La agencia "Stefani" protesta contra los rumores que han corrido en el exterior sobre una devaluación de la lira, de un abandono eventual del patrón oro. La reserva de metal precioso de que dispone la Banca de Italia es de 7.103.000.000 de liras y la proporción de la cobertura oro de los billetes en circulación de 57 %.

Benito Mussolini mismo dicta el 27 de febrero algunas líneas para su "Popolo d'Italia":

"...El Fascismo enseña al mundo, que cesen pues los rumores absurdos. No se tocará la lira".

MARZO 1934. — La hemorragia de oro no cesa. La cobertura de los billetes ha caído del 57 al 46 %. Sobre el plan económico, como el financiero la crisis se hace más aguda de semana en semana en la Italia fascista.

La carga que pesa sobre los hombros del dictador se hace cada vez más pesada. Diez años de esfuerzos frenéticos lo han llevado allí. A través de la grandilocuencia habitual, una clara concentración se abre camino.

Deficit del presupuesto, desequilibrio de la balanza comercial, disminución acelerada de la reserva de oro; parece que todos están de acuerdo en hacerlo depositario de los motivos de ansiedad.

Pero en los hechos ha querido y tomado todo el poder: debe querer y tomar todas las cargas. Las tomará. ¡Qué! ¡El crédito del Estado peligra! ¡El Estado fascista no sabe dónde encontrar apoyo financiero en el exterior! ¡Vamos!

Ahí está Francia.

Mussolini conoce bien a Francia, tal como la representa, tal como la gobierna esta burguesía fácil de engañar cuando quiere a la rebuza. El gobierno de la República, "castrado", se siente atraído por el fascismo y desea mantener intacto el block de las potencias adictas al oro. Mussolini se deja acarrear y para empezar el juego se hace prometer, que en adelante, el Banco de Francia sostendrá la lira en el mercado de cambios.

Pero esto no basta cuando las exportaciones, la industria de los extranjeros, las primas y el movimiento activo de los capitales no ponen ya a disposición del régimen las divisas necesarias para hacer frente a los compromisos que asume continuamente en el exterior. No quedan sino dos caminos: contraer deudas o quebrar. La hermana latina no rehusará a la Italia fascista el servicio que los anglosajones prestaron a Alemania en los tiempos en que ésta veía a los prestamistas amontonarse en su puerta.

Mussolini piensa: Los franceses me entenderán todavía mejor si los sacudo desde el principio.

JUNIO 1934. — El 14 de junio, el "Corriere della Serra", diario oficioso, publica en primera página la siguiente información:

"Ayer, a las 14 horas, el Jefe del Gobierno partió de Riccione para Stra, guiado al mismo su coche. Lo acompañaban, M. Surich, Subsecretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Conde Galeazzo Ciano, jefe del Servicio de prensa. Reconocido y aclamado en su rápido paso por Ravenna, Ferrara, Rovigo, Padua y en todas las otras ciudades, el Jefe del Gobierno llegó a Stra a las 18 horas donde al otro día se le unió el Canciller del Reich, Adolfo Hitler".

A la mañana siguiente, en el momento en que Mussolini se apresta a recibir el Führer en el aeródromo de Lilo, el "Popolo d'Italia", entrega a quien quiera aprovechar el pensamiento del Duce, la siguiente declaración:

"La Sociedad de las Naciones se hunde ella misma; desde que Alemania salió, Italia por la fuerza de las cosas se convirtió en el único órgano de ligazón entre Alemania y Francia. Mientras que Ginebra comienza a dividirse a Europa en campos enemigos, conversaciones como las que van a realizarse entre los dos Jefes, tienden un puente entre Berlín y París".

A buen entendedor...

JULIO 1934. — El balance del Banco de Italia acusa una nueva pérdida de oro. La reserva no alcanza más que a 6.552.000.000 de liras. El déficit presupuestal, que diez años antes, no sobrepasaba los 420 millones, pasará este año los 3 mil millones.

—TALVEZ VAMOS HACIA UNA HUMANIDAD ADAPTADA A UN NIVEL MÁS BAJO, anuncia sin miramientos el Duce a sus subditos. SERA UNA HUMANIDAD FUERTE, CAPAZ DE ASCETISMO Y DE HEROISMO HASTA DONDE NO NOS IMAGINAMOS.

Además, Mussolini decide y anuncia casi simultáneamente, una nueva reducción de sueldos y salarios, y la extracción del presupuesto, de un billón para la construcción de dos acorazados de 35.000 toneladas cada uno.

AGOSTO 1934. — Benito Mussolini sonríe; acaba de celebrar con Inglaterra un acuerdo, que al establecer de manera definitiva el trazado de la línea fronteriza entre el Sudan anglo-egipcio y Libia favorece sensiblemente a ésta. La mitad Este del macizo de Hauenat, los pozos importante de Aindoua y Ain-Zoucia, los pozos de Sarra tanto tiempo codiciados, caen en manos de la potencia colonizadora italiana. Instalada sobre el macizo montañoso de Hauenat, Italia se enavanece de tener en lo sucesivo el control del tráfico entre el mar Rojo y Bengasi, el puerto bíblico sobre el Mediterráneo.

El Duce se enorgullece tanto de estas ventajas como de esa nueva manifestación de la amistad anglo-italiana, y, como quiere presionar sobre Francia, con cuyo representante ha iniciado conversaciones para fines semejantes, encarga a "Tribuna", como en-

tar el acuerdo anglo-egipcio en estos términos:

"A nadie escapará el espíritu de honradez, de lealtad y de amistad con que Inglaterra y Egipto, reconocen hoy solemne y definitivamente los derechos de Italia, (sobre los territorios que le son trasmitidos.) Nosotros, colonialistas italianos nos placemos en dar fe de ello. Reconocemos que la política rectilínea de la Gran Bretaña jamás ha considerado el artículo 13 del Pacto de Londres (1) como un pedazo de papel. No olvidamos que después de 1925, Inglaterra nos ha cedido el territorio de Outra-Djouba. No olvidamos que en 1925 y 1926, Inglaterra nos ha prestado su apoyo cordial y eficaz en nuestras tratativas con Egipto concernientes a la soberanía del oasis Djara-Boudi. No olvidamos que en 1926, Inglaterra se ha comprometido muy amistosamente con nosotros en la delimitación de la frontera de la Cirenaica. No olvidamos, y no olvidaremos nunca que hoy, Inglaterra y Egipto juntos no han vacilado en reconocer las justas fronteras sub-orientales de Libia".

"La cuenta permanece abierta para otros firmantes del tratado. La cuestión de las fronteras meridionales de la Libia queda siempre pendiente..." ("Tribuna" julio 22 de 1934.)

Sin embargo la evasión de los capitales continúa y el número de desocupados aumenta.

La sonda lanzada en Francia para con-

tratar allí un empréstito no tuvo fondo. "El fascismo, ha dicho un día el conde Storza, es un estado de espíritu explicable hasta desde ciertos puntos de vista, pero desprovisto de todo sistema positivo de pensamiento y, por eso mismo, destinado a no poder vivir sino en una atmósfera de prestigio individual o de terror".

Pero para el terror es demasiado tarde en Roma, en este fin del año 1934. Es necesario entonces levantar el prestigio. Más o menos conscientemente Mussolini cede a esta necesidad cuando después del acuerdo de El Hauenat, fija su mirada sobre el África Oriental. Al acuerdo anglo-italiano debe suceder un acuerdo anglo-francés más amplio.

La conjuntura es favorable. Francia, desde luego crispada por la visita que Adolfo Hitler hizo al Duce a fines de junio, recobra la sonrisa en julio, cuando el Reich, empujado por la necesidad denuncia el acuerdo de octubre de 1931 sobre los pagos comerciales entre Alemania e Italia; denuncia seguida de inmediato por una medida italiana de rigor, imponiendo el pago en marcos de todas las mercaderías alemanas que entren en Italia y privando de esta manera la Reich de la percepción de divisas, de los que tiene gran necesidad.

El asesinato del conde Dollfuss, da

(1) El artículo 13 de este Pacto estipulaba: "En el caso en que Francia y Gran Bretaña aumentaran sus dominios coloniales de África, las espaldas de Alemania, estas dos potencias reconocen en principio que Italia podría reclamar algunas compensaciones equitativas, especialmente el arreglo en su favor de las cuestiones concernientes a las fronteras italianas de Eritrea, Somalia, Libia, y de las colonias vecinas de Francia y Gran Bretaña".

ocasión enseguida a la prensa fascista para desencadenarse contra la "naturaleza antilatinista, anti-occidental, anti-cristiana" del hitlerismo, con gran alegría de la prensa francesa que anuncia ya el estrechamiento de las relaciones franco-italianas. Las cosas van tan rápidamente, parecen marchar tan bien, que a principios del otoño la prensa anglo-americana anuncia la conclusión muy cercana de una estrecha "entente" entre Roma y París.

A partir de este momento Mussolini domina la situación y conduce casi a su gusto la negociación que debe terminar en los acuerdos de Roma. El Duce ha comprendido muy bien, que le sería pagada a buen precio, la sola promesa hecha por él a Francia de no ejercer más ninguna presión sobre la frontera de los Alpes. Cuando el portavoz del gobierno francés, lo insta a renunciar bajo una forma u otra a la reivindicación concerniente a la marina naval en el Mediterráneo, el dictador tomando la tangente dice: "Después, después". Igualmente, si se le pide que repudie abiertamente la tesis de la revisión de los tratados, asperamente sostenida por él hasta entonces, se retrae, promete abrir la discusión cuando venga a Roma el Ministro francés de Relaciones Exteriores, cuya visita es anunciada desde algún tiempo.

Hábil en el arte de tirar el anzuelo, tres o cuatro días ante de la muerte de Alejandro de Serbia y de L. Barthou, Mussolini en Milán pronuncia un gran discurso, en el transcurso del cual dejó entender que en adelante, es posible un acercamiento entre Italia e Inglaterra.

"...Nuestras relaciones con Francia, agrega, han mejorado notablemente... Si como lo deseamos vivamente, llegamos a entendernos, será eso muy útil y el resultado muy fecundo para los dos países y para Europa. Dentro de pocos días se verá esto de más cerca".

Entonces, la prensa fascista hincha la voz. África se transforma en el gran tema de discusión. Se emiten hipótesis, se construyen proyectos, se habla de la revisión del acuerdo de 15 de diciembre de 1906, (3) revisión que se haría exclusivamente en favor de Italia, cuyas justas reivindicaciones habrían sido al fin admitidas, tanto por el gobierno de París como por el de Londres.

Cinco semanas después de terminada la estación de las lluvias, durante el mes de noviembre, los etíopes notan que los italianos activan vigorosamente los trabajos de construcción de caminos en el Norte, entre Asmara, capital de Eritrea, y la frontera italo-abisinia, y que al mismo tiempo en el Sur, las tropas de ocupación de la Somalia italiana adelantan sus pequeños puestos. Las que acampan desde algún tiempo en los alrededores de los pozos de Ual Ual y de Ogadir, en la provincia de Ogaden, parecen querer instalarse allí de manera definitiva; se refuerzan los efectivos y armamentos,

(2) Ya se sabe, como, de un día al otro, Mussolini lanzó dos divisiones a la frontera austro-italiana, dando a entender, a la vez, que si los nazis franqueaban la frontera austro-alemana, él mismo iría al frente.

(3) El 15 de diciembre de 1906, Italia firmaba con Francia y Gran Bretaña, una convención por la cual las tres potencias garantizaban la independencia del Imperio Abisinio, definiendo sus posesiones limítrofes y sus respectivos intereses en África Oriental, atribuyéndose, en fin, ciertas zonas de influencia.

son consolidados los muros de cintura y los fortines que protegen las tiendas italianas.

Es tan manifiesta esta actividad, tal la jactancia de la prensa fascista, la indiferencia de los gobiernos de París y Londres parece tan deliberada, que observadores atentos expresan su asombro. "Queremos creer, escribe entonces M. Maurice Per-



Restos de la Guerra

Los dos no valen uno Dib. de J. Callof

not, en un artículo que intitulaba: FRANCIA E ITALIA, queremos creer que tanto en Roma como en París no se ha pensado en romper el equilibrio establecido por el acuerdo franco-anglo-italiano de 1906, y arriesgar un conflicto sobre el mar Rojo bajo pretexto de mantener la paz en el Danubio".

Del lado francés, la decisión ya está tomada. Del lado inglés, hasta tanto no estalle el petardo, están resueltos a no agregar, a propósito de África, una preocupación más a todas las que abruman ya al Gabinete Mac Donald-Simón-Baldwin.

Pocas veces, la política del Reino Unido pareció más incierta, más flotante.

Los ingleses se dieron en 1931 un gobierno no llamado de unión nacional. La vieja regla de juego mantiene después de tres años de ejercicio del poder, en la dirección de los negocios del Reino Unido a un gabinete semi-dislocado que caería en pedruzos si la mano firme del jefe del partido conservador M. Baldwin, no mantuviera la frágil ensambladura. A fuerza de marchar sin mirar nunca más allá de su nariz, Inglaterra, no sabe ya manifestamente sobre qué cuadrantes debe buscar su dirección. Después del 17 de abril de 1934 en que Francia, bajo la presión de M. Doumergue, entonces presidente del Consejo, rechazó no sin altura los anticipos que Gran Bretaña acababa de hacerle con vista a alcanzar un estrechamiento de las "entente" franco-británica, que hubiera dado al gobierno francés el máximo de garantía posible en materia de seguridad y hubiera dejado subsistir, las esperanzas por otra parte consistentes del gobierno Mac Donald en materia de desarme, después del 17 de abril el Foreign Office es incapaz de volver a encontrar su centro de gravedad.

Toda vez que se sabe lo que no puede hacer, pero no tiene la menor idea de lo que conviene hacer de manera continuada.

Sir John Simon, es por otra parte, el espíritu más apto para adaptarse a una poli-

tica al día. Ningún hombre de estado británico, entre los que en el curso de los últimos cincuenta años ocuparon el puesto de Secretario de Estado no estuvo nunca tan satisfecho de sí mismo como lo está Sir John. No tiene doctrina, ni siquiera tiene veleidades. No podría reprochársele el ser francofilo o francofóbico, germanófilo o germanófobo, italo-fílico o italo-fóbico; ni de preferir la vieja política económica, tradicional del partido que abandonó, a la política de economía dirigida del joven y emprendedor W. Elliot. Convertido en Ministro de Relaciones Exteriores, le parece que la política exterior de Gran Bretaña está a cubierto de toda mancha. Llegará un día en que lo privarán de su cargo; sus colegas le propondrán entonces, no tanto para salvarlo a él como para salvarse del riesgo, una degradación que aceptará gustoso. El amor propio de Sir John es tan débil como limitado su sentido de la política exterior.

Era vez celebrado el acuerdo anglo-italiano que rectificaba la frontera italo-etíope en favor de Italia, por Sir Eric Drummond, Embajador en Roma, Sir John Simón a quien las palabras dirigidas por el Duce al Embajador, así como las manifestaciones exuberantes de la prensa italiana incitaron a ver el porvenir de color de rosa, quedó convencido de que nada podría turbar el acuerdo anglo-italiano en el África Oriental.

A fines de octubre el gobierno de Su Majestad fué informado que había terminado sus cometidos la Comisión anglo-etíope, que desde hacía tres meses trabajaba en el trazado de una línea de demarcación precisa entre el Somaliland británico, que bordea el mar Rojo y Abisinia, y el territorio a la Comisión terminar la investigación que debe realizarse en Ual-Ual y Ogadir sobre los pozos de agua y las zonas de pasturas frecuentadas siempre por las tribus nómadas, originarias del Somaliland a 60 o 70 millas al oeste de la frontera anglo-etíope. Sabiendo que los italianos se han instalado y hasta fortificado en Ual Ual y Ogadir, la Comisión anglo-etíope hizo pedir al Gobierno británico por intermedio del coronel inglés Clifton, que la preside, que comunicara al gobierno italiano su próxima llegada a dichos lugares. El gabinete de Roma contestó que consentía en eso, que el coronel inglés y su colega etíope entrasen en Ual Ual y Ogadir para continuar sus trabajos.

Sin duda Mussolini, vió en estos pasos del gobierno británico la prueba de que éste no plantearía más la objeción ulterior contra el establecimiento de puestos avanzados italianos más allá de esta faja fronteriza del Imperio Abisinio, tal como Sir John Simón vió en la respuesta de Mussolini la prueba de que no discutiría las conclusiones de la investigación del coronel Clifton.

El reportero de la comedia italiana es rico en desprecios de toda especie, al cabo de los cuales siempre es necesario que uno de los personajes sea víctima del otro. Cuando la Comisión Clifton se presenta en Ual Ual el 23 de noviembre, es recibida más que fríamente por el oficial italiano que hace allí de dueño. El oficial británico se apresura a hacer valer que el gobierno italiano debidamente informado por él de Londres ha admitido claramente que la Comisión anglo-etíope venga al lugar de los hechos a realizar la información de que está encargada. El oficial italiano se niega a ser explicado. El coronel Clifton y su colega abisinio establecen una protesta por pura

fórmula y luego vuelven al campamento que ocupaban en la vispera, treinta kilómetros más allá.

Doce días después, el 5 de diciembre, una banda de etíopes armados y no un cuerpo de ejército, que había llegado a Ual Ual a efectuar un reconocimiento, comenzó por cambiar palabras, y muy pronto después tiros, con el puesto italiano.

Si existió cálculo, el incidente sobrepasó las previsiones de Mussolini. El viaje del Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, que se espera en Roma, con impaciencia cada vez más manifiesta, fué demorado un mes. En lugar de llegar a fines de noviembre, M. Pierre Laval, recién hace su aparición en la Ciudad Eterna, el 5 de enero. En el intervalo, los derechos que Italia declara querer ejercer en Abisinia, fueron expuestos ampliamente en la prensa fascista. Esta evoca el Pacto de Locarno de 23 de abril de 1915, el Tratado de Lusana de 24 de julio de 1923, que "Sin duda..." hizo a Italia heredera del África otomana. La cuestión de la gran Libia se plantea con toda crudeza.

Al cabo de las conversaciones que se suceden desde hace varias semanas, entre el Embajador de la República y Mussolini, éste tiene también la impresión de que alcanza sus propósitos y que Francia consentirá en rectificar la frontera meridional de Libia, de tal manera, que en adelante, región Italia ocupará sólidamente una región que cubriendo el Tchad, en un porvenir próximo hará de Trípoli el superpunto del África y la salida económica natural del gran lago africano.

Un poco más tarde, en un instante de abandono, Benito Mussolini le dirá a un extranjero, que cuando en 1931 le anunciaron la inauguración de la feria de Trípoli y el establecimiento de un transibiano que uniera Trípoli al Tchad, estaba lejos de pensar que la posibilidad de realizar tal empresa le fuera ofrecida por Francia, a espensas de sus propias posesiones en África Lenatorial.

Ejé a su método, de intimidación, desde entonces en verdad, no había dejado de ejercer presión en la vasta región en que se sitúa África Oriental y Libia. De cuando en cuando lanzaba partidas de reconocimiento que a veces se topaban de nariz con grupos franceses de Sahara, que hacían volver los intrusos a sus lares. Tales incursiones, según el Duce, le suprimían obstáculos porque "la línea arbitraria de demarcación fijada en el plano se señalaba, no una frontera, sino sólo un límite de influencia". En tales condiciones, decía también: "cuando una nación, la primera, logra establecer su ocupación efectiva sobre un terreno confinado del límite teórico conserva el derecho de tomar posesión de los puestos que juzga necesarios para el mantenimiento de su necesidad". (Palabra por palabra es la tesis que el gobierno italiano volvió a adoptar después para explicar la ocupación de los pozos de Ual Ual y Ogadir.)

Por fin el gobierno francés creyó prudente prevenir toda nueva incursión, y los tiradores senegaleses ocuparon sólidamente todos los puntos anteriormente visitados por los destacamentos de meharistas italianos.

Pero he ahí que todo iba a retornar a Ual Ual sin pérdida ni daño.

Cuando M. Pierre Laval desembarca en Roma el 5 de enero de 1935, sufre la pre-

sión de acontecimientos inquietantes de origen diverso. El atentado de Marsella, la repercusión de la muerte del Rey Alejandro sobre las relaciones húngaro-yugoeslavas, italo-yugoeslavas, el plebiscito del Sarre, los ardides de los nazis en Austria ocupan el primer plano de las preocupaciones del Ministro francés de Relaciones Exteriores. Todo su esfuerzo tenderá a obtener algunas satisfacciones en ese sentido, a cambio de las cuales considera poco el sacrificio que hay que hacer en África. Que Mussolini afirmará públicamente que por su parte contribuirá al mantenimiento de la independencia austriaca, que remitirá a las calendas las reclamaciones de los "revisionistas", que se declare dispuesto a celebrar un acuerdo militar al cabo del cual el Estado mayor francés podrá desplazar libremente parte de las fuerzas de ocupación de los fuertes de la frontera sub-este, finalmente que dé alguna esperanza de arreglo amistoso y próximo del viejo diferendo italo-yugoeslavo, todo apresura de este modo la conclusión del pacto Danubiano y Pierre Laval soltará al Duce todo lo que desea obtener en África.

Resulta difícil decir cuál de los dos hombres se sentía más encantado del otro, cuando se separaron después de dos conversaciones. Pierre Laval se declaró conquistado. Había comprendido todo, todo lo había penetrado. La política interior del fascismo, y no tenía secretos para él. Abandonaba a Mussolini seguro de haberse hecho en el Palacio de Venecia un amigo para toda la vida.

Sobrestimando lo que había obtenido, se mostraba sorprendido que el otro no le hubiera pelado más.

Benito Mussolini, por su parte, creía tener en el bolsillo una firma en blanco, no menos válida que la que se leisonaba de haber obtenido de los ingleses en el momento del acuerdo El Haenaut. Pierre Laval no le había dicho "in fine" que renunciaba a reivindicar los derechos reconocidos a Francia en su propia "esfera de influencia" en Abisinia, (exclusión hecha siempre del ferrocarril que en Djibouti con Addis Abeba).

Los acuerdos firmados le daban allá más de lo que se hubiera animado a pensar seis meses antes. Francia, que había vuelto a entregar 80.000 kilómetros cuadrados a Italia



Grab. de J. Callof

en 1919, al sur de la Libia, le volvió a ceder ahora 114.000 kilómetros más. Mussolini había prometido verbalmente que nunca, de ninguna manera, las líneas de comunicación del Sahara francés con el África del Norte, serían inquietadas por él.

Francia prorrogaba en África por treinta años el derecho de conservar su nacionalidad, que antes reconoció a los súbditos italianos residentes en el Protectorado. Mussolini había prometido verbalmente que se levantaría la hipoteca que por tal procedimiento hacía pesar sobre la dominación francesa del África del Norte.

Por último, Mussolini obtuvo de su nuevo amigo una participación de un tercio en el ferrocarril de Djibouti a Addis Abeba, en el África Oriental. Francia al principio propuso un quinto, después un cuarto. Pierre Laval cedió el tercio y no discutió más sobre la faja de terreno de 1000 kilómetros reclamada por Mussolini sobre el territorio de la costa francesa de Somalia, faja que prolongando la Eritrea hacia el Sur le daba frente al estrecho de Bab-El-Mandeb.

Redactaron los acuerdos, se cambiaron brindis al uso.

Cada uno de los dos complices encontró allí la ocasión de expresar su sentimiento, el italiano, restándole importancia al sacrificio que había hecho, y el francés prodigándose en demostraciones de admiración.

"En cuanto a Europa Central, declaró Mussolini el 7 de enero, no se trata de renunciar a nuestras respectivas amistades, se trata de armonizar en la conciencia humana los intereses y las necesidades vitales de cada uno. Frente a las otras potencias, nuestros acuerdos no pueden ni deben ser interpretados como contrarios, ni siquiera como exclusivos".

A lo que Pierre Laval, jubilosamente respondió: "Vd. es el jefe de un gran país, al que por su autoridad ha sabido dar el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones. Vd. ha escrito la más bella página de la historia de Europa. (sic.) Vd. aportará un concurso indispensable al mantenimiento de la paz..."

Cuatro meses más tarde los primeros batallones de "Camisas Negras" se embarcaban en Nápoles con destino a Eritrea.

CÍRCULO "AMIGOS DE MONDE" de Buenos Aires

Un grupo de periodistas y estudiantes que simpatiza con la obra que realiza en Montevideo, el círculo "Amigos de Monde", de esa ciudad, editando en castellano la gran revista internacional fundada por Henri Barbusse, cuya vida dedicada a la lucha antiguerrera y antifascista fue uno de los ejemplares más luminosos a todos los intelectuales honestos, señalándoles el camino de la liberación de la humanidad, desea fundar en Buenos Aires, el círculo "Amigos de Monde".

Para esa iniciativa de tan noble finalidad, invita a todos los lectores de MONDE en castellano, escritores, periodistas, estudiantes, etc., que estén de acuerdo con esta iniciativa, a remitir su adhesión, por carta, a Entre Ríos 1066, Buenos Aires.

Oportunamente se llamará a una asamblea a fin de constituirse el "Círculo Amigos de MONDE", lo que representa una lucha efectiva en defensa de la cultura, contra el fascismo y la guerra imperialista.

Lector de MONDE, mande su adhesión hoy mismo.

Claude Ferrere

ERA un oficial de marina, un artista y también un esteta, como lo exigía su época comovedora y añorada. No era un gran escritor, sino un descriptivo, un sentimental, un tierno perdido, preocupado por sentir y traducir todas las nostalgias del amor y de la piedad, del mar, de la ausencia, de los países lejanos. No era un diletante sino un lánguido cuya frase misma se arrastra sablamente y se equilibra sin grandilocuencia. Su nombre, más bien dicho su seudónimo, se hunde ya en un olvido tal vez injusto. Fué un combatiente, no un combativo; un oficial de marina que no deshonraba la literatura, un escritor que no deshonraba la marina de guerra, uno de los raros académicos que honran la Academia. Se llamaba Pierre Loti.

El muchacho fuerte en cálculo, decía: "Papá, quisiera ser inventor. ¿Qué queda por inventar?"

No se registra sino lo que se conoce. La verdadera grandeza de Valéry no fué lo que le dió su éxito mundano, sino el silencio de Mallarmé. Tanto los muchachos como los hombres de letras no sabrán nunca lo que queda por inventar. Cada generación acuña los grandes hombres de las generaciones precedentes y se enorgullece más con sus productos que con sus propios representantes.

Después de Hugo, Banville; después de Banville, Rostand; después de Rostand, Gertrud. Después de Baudelaire, Rollinat; después de Rollinat, Maurice Magre. Después de Moréas, Maurras; después de Maurras, ¡ay! después de Babu de Montparnasse ignorado, Francis Carco adulado. Después de Pierre Loti, Claude Farrère.

Y siga la danza.

Se había elegido dos buenos maestros, dos escritores menores: Loti y Pierre Louys, que no merecían, ni el uno ni el otro, su exceso de honores y nuestro exceso de olvido.

Pierre Louys, que decía de la gloria que es "un gran deseo de que lo dejen en paz" y ejecutaba en las noches de bombardeo aéreo la Cabalgata de las Walkyrias, dejando escribir a Saint-Saens que nunca han existido misiles en Alemania, y a Farrère situar aquella "Última Diosa" donde la historia disputa a la shiraz; Pierre Louys, muerto en el silencio, sin saber ni querer oír nada del mundo que terminaba, trabajaba de noche, durmiendo de día; Pierre Louys el último de los estetas precedió al coronel comde de La Roche que en la admiración de Claude Farrère, el irresistible autor de Servicio Público.

Comienza joven. Gusta muy pronto. Como todos, obtiene el premio Goncourt. Es escritor, de marina profesional. Moja su pluma en el agua del mar, como León Daudet en el agua de la toilette y Henry Bordeaux en el agua de azar. Describe batallas navales, japoneses enigmáticos, cornudos y patriotas. Honor, Patria, Sacrificio, Sol Naciente, con los nombres de estos torpederos juega con los buenos sentimientos de que está hecha, según André Gide, la mala literatura. El no está menos intoxicado ni descompuesto. Es un mal-Loti, (1) el Loti de los pobres, un Loti de papel. Es al existismo lo que los Rahelais de la juventud son a Gargantua.

Agrada. Fué para profetizarlo que Visny describió "El hombre de letras" "hábil para las cosas de la vida y siempre apreciado... correcto a todo y correcto en todo. Tiene una agilidad y una facilidad prodigiosas... sabe acondicionarlo todo con un estilo vulgar y lindo... siempre querido, siempre com-



didado, siempre presente; como es liviano y no le pesa a nadie, es llevado por todos los brazos donde él quiere ir."

Agrada. Agrada más todavía. Tiene todos los motivos para agradar a esos burgueses que maldicen a Baudelaire y a Verlaine, por que es la imagen burguesa del vicio, como es la imagen burguesa de la nostalgia y del heroísmo. Vicios, erismas y literatura de pacifista, con un débil relente de cosas prohibidas, he ahí la receta del éxito, la única que asegura el éxito en las entradas de dinero.

Por que aún siendo ebrio, antimilitarista, Montmartrense, iconoclasta o mal educado, nuestra sociedad y nuestra academia no se dejará de acoger con menos fervor; les basta que reprobéis, que hayáis reprobado siempre en vuestro íntimo yo el vino, la alegría, la paz, la juventud, el espíritu, las malas palabras y los libros feos.

A algunos todo les fué perdonado porque se arrepiñaron. El señor Ferrere había nacido arrepiñado. Había nacido para la Academia, como Paul Deschanel para la presidencia de la República y la Academia está hecha para sus semejantes. Matrimonio de inclinación.

Por eso el autor de "Humo de Opio" ha sido el favorito de aquellos a quienes escandalizaba el ajeno de Paul Verlaine; por eso los virtuosos jurados del premio Montyon y de los premios Cognacq: Sr. Donnay, Sr. Bertrand, Sr. Hermant, Sr. Hanotaux, le han hecho sitio entre ellos al autor de "Pequeños Aliados"; es por eso que aquellos a quienes las demasías de Baudelaire desviaban de su arte "moribundo" han glorificado al autor del "Hombre que Assinó", cuyo asesino es tan simpático y tan Francia antigua que se le diría Cruz de Fuego si el Cuerno de Oro bañara Limoges.

Desgraciadamente el señor Ferrere nació bajo el signo del ridículo.

Pudo entrar a la Academia por la puerta

de servicio, por una puerta de su talla y triunfar en el cuarto escrutinio sobre los señores Luis Gillet, Clement Vautel o sobre el señor de Carbaccia.

Tuvo que soportar el ridículo aplastante de haber vencido a Paul Claudel.

A propósito, ¿cómo se llamaban los espíritus inmortales que la Academia profirió a ese imbécil de Victor Hugo?).

El ridículo lo persigue. No se podría sin ser injustos tratarlo con rigor, pero el hecho es que el destino coloca al señor Ferrere civil, ahí donde el heroísmo es a la vez ridículo y fuera de alcance.

Paseaba a Paul Doumer entre los mostradores bien provistos de los antiguos combatientes, cuando un insano tiró sobre aquel andino. Cómo olvidar que Farrère recibió en sus brazos una bala herida y un Presidente agonizante? Los historiadores, gente manfaça, retendrán el nombre de Farrère, como retendrán el nombre de Gorgoloff.

Estuvo también en el "Normandie" cuando este paquete flamante arastraba sobre el océano su cargamento barroco de cómicos, mujeres alegres y personajes oficiales. Y mientras toda Francia esperaba que este costoso transatlántico se prendiera fuego, el señor Ferrere, gran "vedette", bogaba valerosamente entre Mistinguett y Maurice Chevalier.

Estaba escrito que nada le sería ahorrado.

Con su traje verde, su gorro blanco y su pantalón rojo, el señor Claude Farrère simboliza el fascista mediterráneo, tipo de lo más pedante de nuestros fascistas, los más absurdos y los menos nacionalistas. Esas gentes son menos franceses que romanos; la madre-patria que tímidamente reivindicaban, Bretaña, Flandes y Alsacia, le son menos querida que la hermana latina, y como los dioses ciegan a aquellos a quienes quieren perder, nuestros fascistas mediterráneos, Bertrand, Bordeaux, Farrère, aplauden la guerra de Etiopía por fidelidad a la paz romana, la traición a la fe jurada, en nombre del derecho romano, y han hecho un Augusto del infortunado de La Roche. Pero que Roma, el único objeto de su asentimiento se libere y se verá a estos Mediterráneos hablar enseguida de su decadencia...

Con La Batalla, la Última Diosa y la insignia de la calavera llevada por los piratas de todos los tiempos—desde Thomas L'Aiglelet hasta Francisco de Vandel—Claude Farrère representa todavía esta especie híbrida pero hábil que se denomina escritor-combatiente. El escritor combatiente es un animal de la familia de los quiropteros. Este murciélago común dice a los críticos: "Yo soy combatiente, veé mis palmas!" Y a los combatientes: "¡Yo soy escritor, vivan las artes!". Estos hombres de las trincheras ambicionan distinguirse del combatiente vulgar por su calidad de escritor. Estos escritores no tienen escrúpulos en que su pluma se aproveche de su bayoneta, — y como saben que los escritores, combatientes ocasionales o no combatientes, sienten respeto por aquellos que han sufrido y los combatientes respeto por los cosas de la inteligencia, esperan que nadie se atrevera ya a juzgar al Hombre que Assinó.

(Sigue en la pág. 8)

Romain Rolland

La Decadencia de las Ideas de Libertad y Progreso

Contestación a una Encuesta de "Vendémiaire"

Señor:

A casi todas las encuestas, reprocho la manera de encarar el asunto, prejuzgando la respuesta y, en cierta medida, forzándola.

Permitidme resistir.

Usted me pide las razones de la decadencia de las ideas de libertad y progreso. No reconozco, en modo alguno, esta decadencia.

1º Porque en el transcurso de setenta años de vida, jamás he conocido la libertad verdadera, y soy bastante instruido en historia, es mi ocupación, para saber que la verdadera libertad, jamás ha existido.

2º Porque jamás la fé de millones de hombres, en el progreso, ha sido más viva que hoy.

Lo precisaré en algunos rápidos rasgos, pues mis tareas no me permiten sino pocos octos.

1º La libertad, de la cual Vd. parece hablar con nostalgia, como de la República de Forain "que era tan bella bajo el Imperio", ha sido de hecho el más vergonzoso de los engaños. Inscrita en el frente de las prisiones del Estado y de la gendarmaría por los amos del poder burgués y del dinero, escamoteado en su provecho, jamás ha sido más que un lujo robado, para una clase de privilegiados.

¿Cuál fué siempre, la libertad de los pobres?

¿Qué irrisión, el girón de poder concedido a las masas de la nación obrera y campesina!

La gran parádo del sufragio universal, ¿ha asegurado jamás a los millones de electores la posibilidad de elegir cada cuatro años, con pleno conocimiento de causa, y de controlar a los electos durante el resto de la legislatura? Todos los engranajes del mecanismo democrático, son falseados voluntariamente. Nada de prensa libre. Ningún medio, para los millones de hombres de exponer libremente su opinión. Una presión constante por la amenaza y por el dinero, de los poderes públicos y los empleadores del trabajo.

La libertad no existe sino para los sometidos voluntariamente, los buenos sirvientes y los indiferentes. Lo más triste para decir es que ella sólo debe su poder de ilusión a la clase de los intelectuales, esos anfibios que nadan entre dos aguas, a unig distancia del mundo del trabajo proletario y del mundo de los empleadores y explotadores, pero, la mayor parte bajo la dependencia consciente o inconsciente, de esos últimos.

Como sucedía hasta una época muy reciente, mantenidos fuera de la acción política, — no participando en ella sino en las raras horas en que las potencias efectivas tenían interés en emplearlos, bajo el pre-

texto de algún gran principio, que servía de máscara a su interés,— los intelectuales se movían tranquilamente en una esfera de ideas y formas inofensivas, de estetismo y humanismo, que las potencias no tenían interés en molestar, y que ellas hubieran más bien alentado canalizándolas por sus Academias, sus Conservatorios, sus grandes Escuelas y sus Sorbonas, en el sentido de un quietismo conservador. De la mayor parte de la enseñanza y del arte oficiales, se hubiera podido decir que eran, como la religión, "un opio para el pueblo".

Pero los muy pocos que se apartaban de este embotamiento y se aventuraban fuera de los límites, han hecho, bastante antes de la trágica experiencia de la guerra, la experiencia desconcertante de los pocos pasos permitidos a su paseo en el patio de la prisión.

Puedo hablar con conocimiento de causa: porque, en mi carrera de universitario, luego de escritor, he tenido tiempo de "limar" mis cadenas. Desde mis años de escuela normal, de la escuela de Ulm, me he librado de la tiranía de las opiniones oficiales que dirigían y domesticaban el pensamiento. Me dedicaba a la sección de filosofía y estaba clasificado entre los primeros; he renunciado para no tener que dolarme bajo la necesidad de los "credos" espiritualistas que se imponían entonces en los exámenes de agregación, en que mi "archicube" Andler algunos años antes se había quebrado. Entreabro mi diario íntimo de estos años y he aquí que lo al azar, (podría citar otros veinte extractos análogos):

16 de mayo de 1895. Mauricio Pottecher, el fundador del Teatro del Pueblo de Bussang, nos habla de la tiranía política que pesa sobre la prensa. Redactor de "La República Francesa", el diario de Méline, me se le ha permitido comentar el último volúmen de Tolstói, sobre la sociedad, sobre la guerra. Por haber hecho pasar un artículo andino sobre la "carta de André de Seipse" (seudónimo de (A. Suárez), recibí de Méline una reprimenda. Por la misma razón, Paul Desjardins ha reñido, momentáneamente con "Les Débats", que no le permitía publicar un artículo sobre Suarés.

Por idéntica razón, Henry Bauer (2) muy bien dispuesto para Suarés rechaza a Maurice Pottecher un artículo sobre "André de Seipse" diciéndole que "L'echo de Paris" no dejaba pasar-nada que lea para la anarquía.

Leía ayer, en el "Annuaire de la Escuela Normal Superior" que el profesor Pellissier después de una vida de trabajo, tenía 66 años, habiendo cometido el crimen de publicar "Las grandes lecciones de la antigüedad cristiana" (el año anterior

había publicado "Las grandes lecciones de la antigüedad clásica"), fué por tal motivo separado de su curso en el Colegio Chaptal. Presentó su renuncia y recibió del Consejo Municipal de Paris, la revocación definitiva. Por todas partes la baja tiranía y el miedo a la libertad.

He tenido que combatir constantemente, en revistas y diarios, para hacerme oír.

Y no es culpa de los grandes enucos del pensamiento si ellos no han logrado ahogarame.

No me quejo. He aprendido la viril virtud de la gran palabra de Fausto moribundo:

"Sólo merece la libertad como la vida, aquél que cada día debe conquistarlas". No hay libertad, más libertad que aquella que se arranca a viva fuerza, a los opresores del pensamiento.

No se escandalice, pues, cuando los proletariados que suben al asalto de las democracias burguesas, usan de la fuerza para conquistar la libertad, que la fuerza les ha quitado.

II. — En cuanto al progreso, puede ser que su núcleo esté en decadencia en el Occidente de los 64 Mirmidones del tintero, enganchados al carro del "Duce" romano, y que la tierra haya cesado de girar para los buenos pensadores atrasados de las sacristías académicas, que se agarran al pasado y que se rumian, como un "chewing-gum" la "Quebra de las Ciencias", por mi antiguo maestro Ferdinand Brunetiere.

Pero nosotros pertenecemos a otra Francia, siempre en marcha hacia lo lejano, hacia las altas cimas del porvenir.

La marcha es larga; es penosa. Pero mucho más lo fué para aquellos que subieron antes que nosotros de las bajas tierras de la prehistoria, y que construyeron al precio de sus penas y de sus esperanzas, esta humanidad que constituimos.

Cuando caigamos en nuestra marcha, será como ellos, con el rostro hacia adelante. Somos los soldados de un gran ejército del que la vanguardia está hoy, al Este de Europa, del lado donde sale el sol.

La fé que reina en U. R. S. S. es ardiente, un ardiente, un inextinguible eudemonismo social. Gorki, que nació y creció en el pesimismo de la antigua Rusia, decía de Lenin, asombrándose, que "creía en la realización de este bello sueño, de felicidad futura de todos los hombres".

Ahora, Gorki cree a su vez. Y en los millones de esos re-creados después de

diez y siete años, por la Revolución, esta creencia es como la fé que ante levantara montañas. La palabra se ha vuelto realidad. Que se lea el nuevo libro del gran escritor popular Iliano J. Marschak: "Las montañas y los hombres", ¡se verá allí cómo un pueblo que ha formado conciencia y de sus fuerzas, transforma hoy su tierra, de lo vacío a lo colmado, de los mares, recuita la tierra muerta de los desiertos, cambia y desplaza los climas, se adueña y dirige los elementos.

Quisiera poder publicar un libro de cartas que he recibido de amigos desconocidos de todos los puntos, de todos los medios de la U. R. S. S.: campaña,

usinas, escuelas, Ejército Rojo.

Es imposible resistir el soplo de alegría y fuerza que se desprende de este optimismo heroico de un mundo en marcha. ¡Ah! ¡qué lejos está la vieja Rusia, la vieja Europa de los Dostoievsky y de los Baudelaire o de los Flaubert, del pesimismo coronado de arte o aureolado de misticismo!

Si esta juventud de la U. R. S. S. está segura de su alegre certeza que, deseando saludar mi reciente ida a su país, me escribían sencillamente: "¡Cómo debe sentirse usted feliz de estar entre nosotros, al ver realizado el sueño de nuestra vida...!

El sueño de nuestra vida jamás será realizado porque aspira llegar más allá de lo que alcanza, así sea cualquier cosa lo que alcance, pero está en realización constante.

Es necesario no tener ojos para dejar de verlo. El progreso, como el movimiento, no se disienten. Se prueba, marchando. Hay una humanidad que avanza. Hay una humanidad detenida, enlodada. ¡Que ella cave su fosa! Nosotros de jamos que los muertos entierren a sus muertos, y avanzamos!

ROMAIN ROLLAND.

Claude Ferrere (de la pág. 6)

como si su autor no hubiere asesinado a nadie.

Escritores combatientes... ¡Y se alaban de ello! Y porque les dejan sitio los que no se alaban, hablan en nombre de su generación y en nombre de los muertos. Porque Ferrere habla en nombre de Péguy sin que tiemble un pelo de su barba académica.

Escritor combatiente... Antiguo escritor, probablemente, puesto que ha llegado a la invalidez en el Instituto. Pero combatiente perpetuo, puesto que es Cruz de Fuego.

El coronel-conde, para su entrada en el Eliseo ha compuesto su brillante escolta con el mariscal de cada corporación: Mr. Mercier, representará la energía eléctrica, Mr. Allier el ajénjo y los señores Nicolás y de Wendel los vinos y carbón, Mr. Boroton los deportes, Mr. Farrère la literatura marítima y colonial.

Desgraciadamente Honoré Daumier ha muerto sin descendencia.

Jean Richepin empleaba el verbo mear, y fué de la Academia.

Abel Hermant escribió el Caballero Miserey, y fué de la Academia.

No habiendo escrito nada que levantara la indignación burguesa Mr. Claude Farrère se empeñó en juzgar a Víctor Hugo. El no podía argüir sino a un solo título y un único precedente: un sólo título: como Hugo mismo, Claude Farrère no tuvo jamás el sentido del ridículo, un sólo precedente: la patada del asno al viejo león.

Con Víctor Hugo ocurre para mí como con la República. Cuando señores de galera de felpa, ante militares y bellas damas igualmente empachadas celebran los beneficios de la República y el genio de Víctor Hugo, pienso con humor en la desocupación y en el tratado de Versalles, en G. Doumergue y en el Arte de ser Abelou, y en el Arco de Triunfo que condena a uno y a otro a causa de la fúnebre vigilia y de la llama cotidiana. Irritado, reprocho tontamente a la República y a Víctor Hugo de ser tales, que sus enemigos y los míos, los pueden aplaudir. Pero cuando los señores de galera de felpa, los militares y las bellas damas, cansados de tolerar el régimen que los tolera aclaman, al Coronel Uhu, sus polacos y sus financistas, y rechazan con aires de disgusto Los Castigos y El noventa y Tres, entonces bajo estas amenazas de Imperio, la República me parece hermosa y llamo a Víctor Hugo, Nuestro Padre.

Si, el mundo está en su sitio y no respiro en él a gusto cuando los campos están justamente limitados: de un lado el Pueblo y el Poeta, del otro Chappé-Javert y Laval-

Thénardier; Lescouvé-Laffemás y Triboulet-Mandel; Casimiro el Pequeño y Claude Farrère de la Academia Francesa.

Sofiaría alguna vez Hugo, antítesis más perfecta. De la barricada de nuestro lado, el

exilado, el gran amplificador; del otro Mr. Farrère; políticamente un héroe de derecho, literariamente un cerro a la izquierda.

André WURMSER

Lector de MONDE,

Remítanos este cupón:

Señor Administrador de MONDE en español: Rincón 615, Montevideo, Uruguay

Sírvase Vd. suscribirme a MONDE en español

Nombre

Dirección

Departamento o Provincia o País

(Tachar lo que no se quiera)

Deseo adquirir preacción de cinco pesos (al contado) (en cuotas de un peso).

Deseo adquirir preacción de diez pesos (al contado) (en cuotas de un peso).

Me suscribo a: (Tachar las suscripciones que no se quieran)

	URUGUAY	ARGENTINA	OTROS PAISES
5 números de MONDE	\$ 0.50 o/u.	\$ 0.85 m/n.	\$ 0.20 dólares
15 " " "	" 1.40 "	" 2.40 "	" 0.55 "
30 " " "	" 2.70 "	" 4.60 "	" 1.00 "
60 " " "	" 5.20 "	" 8.80 "	" 1.90 "

Sírvase indicarme a vuelta de Correo cómo debo hacer para abonar mi suscripción.

(Firma)

(Escriba claramente, con preferencia a máquina)

NOTA — Los suscriptores domiciliados en el interior del Uruguay, deben abonar sus suscripciones mediante giro postal, a nombre de EMILIO BORGIA, Rincón 615, Montevideo. — Los de Montevideo, pueden hacerlo personalmente en la Administración, o esperar el Cobrador.

MONDE

lucha contra el fascismo.
Defiende la paz y la libertad.

Suscríbese

A PROPOSITO DE LAS LIGAS Jules Romains se dirige a la Juventud

En estos tiempos pienso con frecuencia en los jóvenes que forman parte de las organizaciones de "derecha".

Los encuentro a veces en la calle. Se les reconoce, generalmente, por sus insignias.

Peró su continente, la expresión del rostro que ellos adoptan, serían casi suficientes para señalarlos.

El otro día, volviendo en ferrocarril del Havre he tenido a uno de ellos por vecino. Era muy joven. Tenía un aspecto muy puro e ingenuo por completo de las complejidades de la vida. Trataba de dar a sus ojos una expresión feroz, como una promesa de abnegación indiscutible.

Iba, además, bien vestido. Me conovía bastante.

Pienso qué es lo que vislumbran en el porvenir, pues algo debe entrever; y se prepararán para ello.

Oh! esto no es muy misterioso. No se ven la ciudad futura. No se les ha habituado a mirar tan lejos, y, en los discursos de sus jefes, desde que las perspectivas profundizan un poco, se encuentra la niebla.

No, su sueño está mucho más próximo. Un día, por cualquier camino, ingenuamente clandestino, recibirán una orden. Se dirigirán a su puesto y allí, de todo corazón, se batirán contra los "malos franceses".

No hay que sonreír. Por mi parte, no pretendo ridiculizar a nadie. Tampoco quiero tranquilizarme, diciendo que sus jefes son pobres diablos, atribulados con su importancia ficticia y temblando por las responsabilidades a que ella los obliga. Acontece — esto se ha visto, y se ve en otros campos — que un jefe arrastre a los suyos a la catástrofe, precisamente para terminar con su angustia y su temblor personal.

Es pues muy posible, que esta batalla tenga lugar y que sea vertida sangre joven.

Yo no puedo tomar mi parte. Por las razones generalmente humanas que se adivinan y que tendrá pudor de desarrollar. Pero también por otras razones más particulares. Creo conocer algo a estos jóvenes. He tratado a algunos de ellos; los mejores, es cierto, aquellos que unían al valor físico, y a la osadía de carácter, la osadía más sana del espíritu. En suma, los que yo he conocido, y bastante de cerca, no me han dado el derecho de despreciar en block a los que no conozco.

Mientras ellos sean todavía capaces, tal vez, de escuchar una voz que se dirija a su reflexión y no a su obediencia, quisiera decirles algunas palabras, como camarada.

No les haré la injuria de pensar ante ellos las probabilidades del combate; de mostrarles que si se tiene en cuenta todo, honestamente, el recurso de la fuerza, hacia donde se les arrastra, está destinado al fracaso final; que la suerte que les espera, en el mejor de los casos, es la de la Comuna de París, con la diferencia que las cosas irían más rápidamente, que los Versailles se.

rían reemplazados por el inmenso ejército — soldados y pueblo — de republicanos, y el nuro de los Federados (situado en un barrio imposible) reemplazado por algún lugar más decente.

No les hablaré este lenguaje, porque son valientes, los mejores de ellos me parecen muy capaces de aceptar un sacrificio inútil, si están convencidos de que la causa por la cual se batén y por la que sucumbirán, es la única que, victoriosa o vencida valga la pena de vivir.

También me cuido de decirles: "No luchéis por una causa perdida de antemano". Les digo: "no luchéis sino con pleno conocimiento de causa".

Espero que no me negarán el derecho de examinar con ellos en lo que se ha transformado la causa por la que se preparan a luchar. Saben que no he rehusado examinarla cuando ella se nos ofrecía en su frecuencia "innocente", y que lo he hecho con atención, con simpatía, y con una completa ausencia de prejuicio.

Me permito pues, preguntarles: "hoy, en enero de 1936 (y no en febrero de 1934), ¿cuál es, exactamente, la causa por la cual vosotros bajaréis a la calle, si se os ordena?"

Hace diez y ocho meses, hace aún un año, uno podría engañarse. Y puede ser que los mismos jefes se engañaran. Más bien que a la mala fe deliberada de los hombres, pretendo acusar al desarrollo de los acontecimientos, al juego solapado de las fuerzas. Hoy, ya no es posible equivocarse.

Lo que se espera de vosotros, "hoy", es que descendáis a la calle, que derraméis vuestra sangre y la de los otros, para destruir las libertades republicanas.

Es inútil argumentar. Ya no se trata de "cazar a los estafadores y a los ladrones". Al menos, eso no es sino un pretexto y un pretexto agotado.

Ya sea qué se haya agotado el tema, cuya fecundidad no era infinita, o que la "caza de ladrones" haya dado, en efecto, resultados y en consecuencia, perdido su urgencia, o que hayan aparecido otros que no se breaban, lo cierto es que ya no puede ser ni programa ni fin.

El fin ya no es limpiar la república; sino abatirla.

¿Podéis andar? Poco importa que algunos finjan cuidar su nombre. ¿Por cuánto tiempo? De hecho todos están de acuerdo para destruir.

Lo que se aceriaba es poner en su sitio un régimen de autoridad de tipo reciente. Conocemos sus características: Supresión de todas las libertades públicas y de todas las garantías constitucionales. El poder absoluto en las manos de un hombre y su camarilla. Ninguna oposición; ninguna opinión independiente. El espíritu, no teniendo para elegir sino la domesticación o el exilio.

Puesto que vosotros estáis de buena fe tenéis el deber de plantearos bien la cuestión. No podéis salir del paso con escapatorias. ¿Es esto, seguramente lo que queréis?

Después de haber reflexionado tenéis el derecho de responder: "Sí, esto es lo que queremos".

Puede suceder, en efecto, que nacidos y crecidos en la libertad, no habiendo tenido, como vuestros padres, que luchar para conquistarla y sin haberla perdido todavía, no sepáis valorarla. Los beneficios os parecen naturales. No lamentáis más que los abusos y las debilidades. "Tanto peor para la libertad", diréis; "No creemos más en ella, ya no basta para cumplir nuestras tareas".

Y bien; hablemos un poco de vuestras tareas y por las cuales exigís a todo un pueblo el sacrificio de su libertad. O, más bien, hablemos de ellas. ¿Estáis un tanto turbados? ¿No son ellas muy claras? A decir verdad ellas no eran muy claras hace diez y ocho meses, hace un año y vosotros tenéis en esta época alguna excusa para estar turbados, y también para conservar una ilusión.

Hoy, son muy claras. Ya que os molesta hablar de ellas, os voy a ayudar.

La gran tarea que se os reserva, es que tengáis o que retardéis lo más posible por medio de la fuerza, si es necesario, una transformación de la sociedad actual que sin eso se hará más o menos rápidamente, pero que parece inevitable.

En efecto, si se deja a los hombres de este tiempo en libertad de disponer de ellos mismos, en libertad de discutir sus intereses y sus mútuos arreglos, será muy difícil impedir que tarde o temprano, ataquen los grandes privilegios económicos, que no toman medidas para evitar la concentración de una enorme masa de capitales y de fuerza de todo orden en un pequeño número de manos; que no tomen otras, para dar a cada uno, al comienzo de la vida, probabilidades aproximadamente iguales.

En una palabra, la evolución puede hacerse rápida o lentamente, cubriéndose con tal o cual fórmula, pero es difícil impedir que los hombres, si se les deja en libertad, pronto introduzcan en su sociedad, un poco de justicia y de razón.

Si al contrario, se consigue confiscar sus libertades públicas por una operación de fuerza, no es absurdo esperar una prolongación muy estable de los privilegios, una supervivencia considerable de la injusticia.

Algunas concesiones serán inevitables a pesar de todo. Pero serán dueños de cosas, ficarlas, serán acordadas con cuenta gotas que quedará firmemente en la mano.

Sobre esto, ninguna duda puede ser honestamente permitida. Vosotros no ignoráis lo que todo el mundo sabe. Conocéis los hombres que están atrás de las organizaciones, que las subvencionan, que asumen los gastos generales.

Sabéis quién os sostiene en la prensa y (Sigue en la página 14)

ERA el 26 de junio de 1848, la cuarta de esas jornadas memorables, inscritas con resplandores sangrientos en los anales de Francia...

En ese tiempo yo vivía en un edificio, hoy desaparecido, en la esquina de la calle de la Paz y del Bulevar de los Italianos.

Desde el comienzo de junio había en el aire olor a pólvora. Cada uno sentía la inminencia de una lucha decisiva. La situación se agravó aun más por el miembro del gobierno provisorio, Marie, quien en una alocución a los delegados de los talleres nacionales, recientemente disueltos, pronunció desconsideradamente la palabra "esclavos". Los obreros la tomaron como un reproche y un insulto. Después de esta entrevista, todo el problema se resumió así: ¿cuántos días, cuántas horas aún nos separan de esta colisión inevitable, ineluctable?

—¿Es para hoy? Tales eran las primeras palabras que se dirigían a los amigos todos las mañanas.

Eso empezó, me dijo el viernes 23 de junio por la mañana la lavandera que me traía la ropa. Agregó que se había levantado una gran barricada a través del bulevar, no lejos de la puerta de Saint-Denis.

Me dirigí de inmediato en la dirección indicada.

Al principio no noté nada particular en el bulevar. Las mismas multitudes delante de los cafés y los comercios abiertos, el mismo movimiento de coches y ómnibus, las caras más tranquilas un poco más animadas, las conversaciones más ruidosas y, cosa rara, de tono más alegre. Eso era todo.

Pero a medida que avanzaba, el aspecto del bulevar cambiaba. Los coches se hacían cada vez más raros; los omnibus habían desaparecido completamente. Los comercios y aun los cafés se cerraban rápidamente. Algunos escarapates ya estaban cerrados. La muchedumbre se llenaba de claros de manera visible.

Por el contrario, en todos los pisos, de arriba a abajo, las ventanas permanecían abiertas. En esas ventanas y en los quicios de las puertas, se apretaban muchas personas, sobre todos las mujeres, los niños, las sirvientas, las nodrizas. Y toda esta multitud charlaba y reía. Las gentes no gritaban, pero se intercambiaban, miraban a su alrededor y gestuaban como a la espera de un espectáculo.

Parecía que la desprecupada curiosidad del domingo se había apoderado de esta muchedumbre. Cintas multicolores, pañuelos, gorros, vestidos blancos, rosados y azules, abigarrados bajo el vivo sol de verano, palpitaban y murmuraban. Se agitaban con un ligero viento de verano, como las hojas de los álamos, "árboles de la libertad", que habían plantado casi por todos lados.

Yo pensaba:

¿Será posible que aquí mismo dentro de un instante, dentro de cinco minutos, de diez minutos, se vaya a batir y verter sangre? ¡Es inconcebible!

¡Es una simple comedia la que se representa...

Me obstinaba en no creer en una tragedia... esperando...

Pero de pronto apareció delante mío el contorno desigual de una barricada que tenía casi tres metros de alto y cortaba de través el bulevar. En lo alto de la barricada, una bandera roja anegada, rodeada por otras banderas tricolores bordadas con oro, movía a derecha e izquierda su pequeña lengua moriente y amenazante. Detrás de la cresta de

Página inédita de Ivan Tourguenev

¡Los míos me mandaron!

Un episodio de las jornadas de junio de 1848

ese montón de piedras grises, apercibí algunas blusas.

Me aproximé mucho.

Delante de la barricada, el espacio estaba casi vacío. Una cincuenta de hombres, no más, erraban con aire despreocupado de un lado al otro del empedrado. (En esta época los bulevares todavía no tenían macadam.)

Los hombres vestidos con blusas cambiaban bromas con el público. Uno de ellos, que llevaba un cinturón blanco de soldado, tendía a los expectadores una botella descorchada y un vaso lleno por la mitad, como si los invitara a beber un trago. Otro obrero estaba al lado de él, primero. Llevaba un fusil de dos cañones en bandolera y gritaba, arrastrando las palabras:

—¡Vivan los talleres nacionales! ¡Viva la República democrática y social!

Su vecina, mujer de alta estatura, de cabellos negros, vestida con un traje rayado, llevaba también un cinturón del que colgaba una pistola. Sólo ella no reía; parecía distraída y nerviosa. La mirada de sus grandes ojos sombríos se fijaba derecho hacia delante.

Atravesé la calle por la izquierda y acompañado por cinco o seis curiosos como yo, me dirigí al muro de una casa. El edificio estaba ocupado por una fábrica de guantes Jovin (todavía se encuentra allí). La línea derecha del bulevar comienza a curvarse en ese lugar. En la casa, las celosías de las ventanas estaban bajas.

A pesar de la espera angustiada y los siniestros presentimientos de los últimos días, aún no podía creer que los sucesos se hicieran trágicos.



No obstante, el toque de tambores aumentaba y se aproximaba. (Desde el alba, en todas las calles resonaba ya el redoble particular, repetido tres veces. Se tocaba el llamado para reunir la guardia nacional.) Algunos instantes después una columna del ejército civil que adelantaba con lentitud y se alargaba como una gran oruga negra, des-

embocó en la izquierda sobre el bulevar, a docientos pasos de la barricada. Las bayonetas de los guardias nacionales centelleaban al sol. Algunos oficiales a caballo encablazaban el destacamento. La columna ocupó el lado opuesto del bulevar en toda su extensión, hizo un movimiento de frente hacia la barricada y se detuvo, constantemente reforzada a recargarla por nuevos guardias que hacían así cada vez más compacta la masa.

A pesar de la llegada de todos esos hombres, al estrépito anterior sucedió una extraña calma.

Los expectadores hablaban menos fuerte, las risas se hacían más breves y más raras, todos los ruidos quedaron como atenuados por un crepón.

Entre la línea de la guardia nacional y la barricada se había formado de pronto un gran vacío en el que restaban, arremolinándose ligeramente dos o tres bucellías de polvo y en el que un perrito negrozco araba sobre sus patas menudas, mirando ansiosamente a Brusamecillo estalló de un modo cortante su alreñador.

Un golpe breve y seco. Era imposible determinar de dónde venía ¿de arriba o de abajo? ¿de adelante o de atrás? Parecía más el ruido de una barra de hierro que cae pesadamente, que una descarga de arma de fuego.

En seguida se hizo un siniestro silencio de muerte. Esperamos llena de angustia... El aire mismo parecía participar en nuestros sombríos presentimientos...

De pronto, bien encima de mi cabeza, estalló un estruendo terrible, insoportable. Se hubieron creído en una enorme tela súbitamente desparada... Eran los sublevados que ejecutaban un fuego de salva a través de las celosías del piso superior de la fábrica Jovin, ocupada por ellos.

Mis velosos y yo nos precipitamos a lo largo del bulevar. Recuerdo haber visto delante de la barricada, en el espacio vacío, a un hombre que se arrastaba pensosamente en cuatro pies, un kapis de pompón rojo tirado sobre el empedrado y al perrito rodando sobre el polvo. Doblamos en la primera calle que encontramos. Vimos allí dos docenas de espectadores, entre los que había un joven de veinte años al que una bala le había perforado el metatarso.

Detrás nuestro, sobre el bulevar, la fusilería crepitaba sin interrupción. Entramos en otra calle, la del Echiquier, si tengo buena memoria. Uno de sus extremos estaba ocupado por una barricada baja. Sobre su cresta brincaba un pilluelo de doce años que hacía morisquetas y blandía un sable turco. Un guardia nacional grueso, pálido como el papel, pasaba delante de nosotros. Tropezaba y gemía a cada paso. Sobre el empedrado se teaba una sangre enroscada de la mancha de su uniforme.

La tragedia había comenzado. No se podía dudar de su gravedad. Nadie, sin embargo, aún en ese mismo momento, suponía todavía la amplitud que debía tomar después.

Yo no tenía que batirme ni de un lado de las barricadas, ni del otro. Entré en mi casa.

El día entero transcurrió en una longilud indecible. Hacía calor. La gente se ahogaba. Me quedé sobre el bulevar de los Italianos, totalmente obstruido por la mezcolanza de la muchedumbre. Se palaban los rumores más inverosímiles, desmentidos enseguida por nuevos rumores aún más fantásticos. Hacía la noche, un sólo hecho quedaba firmemente establecido, los sublevados ocupaban casi la mitad de la ciudad. Levantaban barricadas por todos lados, particularmente sobre la margen izquierda. La ruina mantenía los puntos estratégicos. Por ambos lados se preparaba una lucha sin tregua ni cuartel.

Al día siguiente muy temprano, el aspecto del bulevar y, en general, de los barrios no ocupados por los sublevados quedó metamorfoseado como por un golpe de barita mágica. El general Caraignac, comandante del ejército de París, publicó una orden prohibiendo toda circulación en las calles. Los guardias nacionales de París y de provincias, apostados en las veredas, vigilaban las casas en que se alojaban. Las tropas regulares y la guardia móvil estaban combatiendo. Los extranjeros, las mujeres, los niños y los enfermos debían permanecer en sus casas y dejar todas las ventanas grandes abiertas para evitar una emboscada a los soldados.

La capital tenía el aspecto de una ciudad muerta. De cuando en cuando, pasa a penas un coche de médico, incansablemente detenido por los centinelas que piden su salvoconducto; o una batería se dirige con estrépido brutal y pesado hacia el campo de batalla. A veces, un destacamento de soldados atraviesa el bulevar, o un ayuda de campo o un ordenanza lo recorren al galope.

Fueron jornadas dolorosas y espantosas. El que no las ha vivido no puede formarse una noción exacta de ellas.

Seguramente, los franceses se sentirían angustiados; podrían pensar que su patria, que la sociedad misma, quedaría arruinada de arriba a abajo y caería hecha polvo. Pero la ansiedad de un extranjero, condenado a una pasividad forzada, sino más horrible, seguramente será más enervante que su indignación o su desesperación.

Un calor brutal. Imposibilidad de salir. Las ventanas ampliamente abiertas dejan entrar un chorro de aire sofocante y un sol encogedor. En cuanto a querer leer, escribir, ocuparse de un trabajo cualquiera: ni siquiera puede pensarse en ello.

Cinco veces, diez veces por minuto, un terrible cañonazo. El crepitar de la fusilería. El tumulto confuso de la batalla...

En la calle, un vacío completo.

El empedrado recalentado, toma un color amarillón. Bajo el sol despidiendo el calor parece estar incandescente. A lo largo de las veredas se distinguen las caras turbadas

de los guardias nacionales inmóviles, ¡ni un rugido acostumbrado de la calle! Alrededor mío tengo un inmenso desierto y, sin embargo, me ahogo como en un calabozo o en una tumba.

De tarde, el espectáculo cambia. Aparecen camillas con heridas y con heridas y con muertos...

En una parihuela transportan a un hombre de cabellos grises. Su rostro está blanco como la almohada en que descansa su cabeza. Es el diputado Charbonnel, mortalmente herido... Las cabezas se descubren en silencio; pero él no ve esas demostraciones de scondolada deferencia. Sus ojos están cerrados...

Una multitud de prisioneros, conducidos por guardias móviles muy jóvenes, casi unos niños, pasa delante de nosotros. Poco se había contado con estos al comienzo; pero se batieron como leones... Algunos llevan en la punta de sus bayonetas los kapis ensangrentados de sus compañeros muertos o las flores que las mujeres les arrojaron por las ventanas.

—¡Viva la República! Estos gritos son lanzados desde los dos lados del bulevar por los guardias nacionales.

—¡Viva la mó-vi-t! contestan ellos, prolongando hizarra y lógicamente la última sílaba.

Los prisioneros marchan con caras sombrías, sin levantar los ojos. Muchos van harapientos y sin qué cubrirse. Algunos llevan



las manos atadas.

Y los cañones no se silencian, rugen sin cesar. Un succidimiento pesado y monótono rueda por los aires. Oprime la ciudad...

Durante la noche, desde mi cámara al quinto piso apretados como carneros. Muche-

dumbre confusa en los pisos. Siento ruidos nuevos: la descarga de los cañonazos se oye entrecortada por mosqueterías, mucho más próximas, más rápidas...

Me entero de que es el fusilamiento de los sublevados en las alcávidas.

Eso continúa horas y horas... Imposible dormir aún durante la noche. Cuando trato de salir, de ir hasta una esquina de la calle para enterarme de las noticias o, simplemente para refrescarme un poco, me detienen enseguida.

QUÉ es usted? ¿De dónde viene? ¿Dónde vive? ¿Por qué no lleva usted uniforme? — me preguntan de inmediato.

Cuando se enteran de que soy extranjero, me miran con gesto sospechoso y me ordenan volverme a casa.

Una vez, un guardia nacional de provincia (éstos eran los más feroces), quería detenerme porque estaba vestido con un salto de cama.

—¿Usted se ha puesto esa ropa para entenderse más fácilmente con los fasciosos! — gritó lleno de furor. ¿Quién sabe si usted no es un agente ruso, tal vez? ¡Sus bolsillos, sin duda, estarán llenos de oro para fomentar nuestras revueltas!

Le pregunté que revisara mis bolsillos, pero eso redobó su furor. En esa época se veía por todas partes el oro ruso y los agentes rusos. ¿Cuántas otras invenciones igualmente absurdas surgirían, en esas cabezas turbadas y exaltadas.

¡Fueron repito, jornadas dolorosas, espantosas!

TRES días duraron esos tormentos. Llegó el cuarto día, el 26 de Junio.

Las noticias del campo de batalla nos llegaban bastante rápidamente, traídas de uno a otro a lo largo de las veredas. Ya sabíamos así que había sido tomado el Pantón, que toda la orilla izquierda del Sena estaba ocupada por el ejército regular, que el general Bréha había sido fusilado por los sublevados, que monseñor Affre estaba mortalmente herido y que sólo se mantenía aún el barrio de San Antonio.

Recordo el siguiente episodio: leímos en la misma calle una proclama del general Caraignac que lanzaba un último llamado al patriotismo que jamás se extingue, ni en los corazones más duros... En ese momento, un ordenanza, oficial de húsares, pasó a todo galope por el bulevar. Formando un círculo con los dedos del tamaño de una manzana, nos gritó:

—¡Tiran sobre nosotros con balas de este calibre!

En la misma calle que yo, y en el mismo piso, vivía el escritor alemán Herwegh. Era de mis relaciones y yo iba a menudo a sus habitaciones a buscar algún alivio para huir de mí mismo y substraerme a la angustia dolorosa de la ociosidad y la soledad.

El 26 de junio, por la mañana, estoy en su casa. Él, acaba de tomar su desayuno... De pronto entra un muchacho con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa?

—Señor Herwegh... "Una blusa"... "una blusa" desea verlo...

—¿Una blusa? ¿Qué blusa?

—Un hombre de blusa, un obrero, un viejo pregunta por el ciudadano Herwegh. ¿Quiere recibirlo?

Herwegh y yo cambiamos una mirada. —Hazo entrar, — dijo por fin. El muchacho salió repitiendo en voz baja: —¡Un hombre... de blusa! Estaba aterrorizado. Sin embargo, después de las jornadas de febrero, ¿acaso no se consideraba la blusa como el vestido más apropiado, más conveniente, más seguro? En el Teatro Francés, durante una representación gratuita para el pueblo, ¿no vi yo con mis propios ojos a los petimetres, los más elegantes representantes de eso que se llama "gran mundo", vestirse con blusas blancas y azuladas bajo las cueles sus pecheros y cuellos amoldados producían un efecto singular? Pero, a otros tiempos otras costumbres... Durante la batalla de junio, la blusa se había convertido en París en el símbolo de la condecoración, en la marca de Caín, y sólo despertaba terror y rencor.

Entró el muchacho, y con modo sobrecogimiento, hizo pasar a un hombre, vestido afectivamente con una blusa completamente desgarrada y sucia. Sus zapatillas y sus pantalones estaban remendados y embarrados. Tenía un trapo rojo anudado en el cuello. Un montón de cabellos enmarañados negros y grises, que al principio me parecieron una gorra, le caían hasta las cejas. Debajo de los cabellos sobresalía una nariz larga, hinchada, y parpadeaban dos ojos sencillos, sin brillo, de párpados inflamados. Mejillas hundidas. Cara cortada por arrugas como cuculladas. Boca larga y deformada. Barba descuidada. Manos rojas y grasientas. Curvatura particular de la columna vertebral, signo de una larga y penosa servidumbre...

Sin duda alguna, delante de nosotros se hallaba uno de esos trabajadores miserables y oscuros que pululan en las capas inferiores de las sociedades civilizadas.

—Tengo que hablar con el ciudadano Herwegh, — dijo con voz ronca.

—Yo soy, — respondió el poeta alemán bastante confuso.

—¿Usted espera a su hijo desde Berlín acompañado por un aya?

—Sí, en efecto... ¿Cómo lo sabe usted? Debía salir de Berlín hace tres días... pero yo creía...

—Su chico llegó ayer; pero como la estación del ferrocarril en Saint-Denis está ocupada por los míos (al oír esta palabra el muchacho paróse estremece de horror) y como no hay medio para enviarlo aquí, se le ha dejado en casa de una de nuestras mujeres; mire, aquí está la dirección en este pedazo de papel; y los míos me han dicho que viniera a su casa para que usted no se inquiete. El aya está con el chico. El alojamiento no es malo. Se les alimentará a los dos. El niño no corre ningún peligro. Cuando todo haya terminado usted lo encontrará en esta dirección. ¡Buen día, ciudadano!

El viejo se dirigió hacia la salida.

—¡Espere! ¡Espere! — gritó vivamente Herwegh. ¡No se vaya!

El viejo se detuvo, pero sin volverse.

—¿Es posible, querido Herwegh, que usted haya venido hasta aquí exclusivamente para tranquilizarme por lo de mi hijo, a mí, a quien usted ni siquiera conoce?

El viejo levantó pensosamente su gacha cabesa.

—Sí. Los míos me mandaron. —¿Únicamente por eso?

—Herwegh esbozó un gesto de asombro.

—Por favor, yo... yo no sé realmente qué pensar. Estoy sorprendido de que usted haya

podido llegar hasta aquí. ¿Seguramente, debieron detenerlo en todas las encrucijadas? —Sí.

—¿Le preguntaban dónde iba y por qué causa? —Sí. Miraban mis manos sin cesar y buscaban tatarajes de pólvora. Dí con un oficial... que hasta me amenazó con hacerme pasar por los aires.

Herwegh se quedó mudo y atontado. El muchacho, también, y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Es muy fuerte! — repetían involuntariamente sus labios descoloridos. —Buen día, ciudadano, — dijo claramente el viejo Herwegh.

Herwegh se precipitó hacia él y lo retuvo. —Espere, espere, pues... permítame que

—No tenemos nada más que perder! — repitió el viejo. Se enjugó cuidadosamente los labios, dobló la servilleta y, levantándose, agradeció a su huésped.

—¿Se va? — exclamó Herwegh. —Sí. Me es preciso unirme a los míos. Nada tengo que buscar aquí.

—Pero, seguramente lo van a arrestar en el camino de regreso (hasta pueden fusilarlo esta vez, por favor! —Es posible. ¿Y después? Mientras viva, tengo que pensar en mi familia. ¿Y como puedo ganarlo? Por el contrario, si me matan, los míos no dejarán a los huérfanos sin asistencia. ¡Buen día, ciudadano! —Al menos, dígame su nombre, ¡quiero saber el nombre del que tanto ha hecho por mí!

—Mi nombre no puede importarle. A la verdad, lo que he hecho, no lo hice por usted. Los míos me lo han ordenado. ¡Buen día!

—Si el mismo día, la insurrección fue deshecha definitivamente.

En cuanto se restableció la circulación, gracias a la dirección dejada por el "blusa", Herwegh encontró enseguida a la mujer que asilaba a su pequeño.

El marido y el hijo de esta mujer estaban prisioneros. Otro hijo había caído en una barricada. Su sobrino había sido fusilado. No aceptó dinero, pero señalando con el dedo dos niñas que jugaban en la habitación (eran las hijas de su hijo que acababa de ser muerto) le dijo: —Si un día tenga necesidad de dirigirme a usted por esas niñas, que nuestro pequeño se acuerde.

La suerte del viejo obrero que había venido a avisar a Herwegh, quedó desconocida.

Es imposible dejar de admirar su acto y la simplicidad inconsciente, casi majestuosa con la que lo cumplió. Evidentemente, nunca comprendió que hizo algo extraordinario, que se sacrificó.

¿Cómo no estimar a aquellos que lo enviaron, a aquellos que en el calor y el desorden del combate desesperado, podían pensar en la angustia de un "burgués" desconocido y preocuparse por tranquilizarlo?

Veintidós años más tarde, (1) es verdad, hombres semejantes a ellos incendiaban a París y fusilaban rehenes. Pero el que, aunque sea un poco, conozca el alma humana, no se turbará por esos contrastes...

Ivan TOURGUENEV

(Dibujos de Max Lingner)

(Traducción del ruso por Boris Skomorowsky)

(1) Se refiere a la "Comune" de París, (1871) la más gloriosa jornada del proletariado francés. Tourguenev se expresa como lo hacían todos los burgueses de la época, considerándose como actos de barbarie los que fueron palido reflejo de la bestialidad del gobierno francés presidido por el chico y sanguinario Thiers, que reprimió el movimiento revolucionario ordenando y autorizando atrocidades inauditas. Treinta mil revolucionarios muertos en la lucha, millares de esclavos trágicos sobre el campo, res de fastidiosos trágicos sobre el campo, condenas a muerte aplicadas diez años después de la revolución, 40 mil confinados, asesinados en pontones y cárceles, multitud de desterrados, en total más de cien mil víctimas, y, sobre todo, la calamidad vil hechos aislados; como compartida este relato por el ingeniero Tourguenev, y enseñada aún en todas las universidades.

Carlos Marx

Cartas a Kugelmann

N.º 3

23 de febrero de 1865.

Modena, Villas, Maitland Park, Havers-tock Hill, LONDON.

Querido amigo: (1) Ayer recibí su carta, que me ha interesado vivamente, y quiero contestar sus distintos puntos.

En primer término, permítame que le exponga brevemente mis relaciones con Lassalle. Durante toda su agitación nuestras relaciones estuvieron suspendidas: 1.º, a causa de sus fanfarronadas y de sus jactancias, multiplicadas por el plagio más odioso de mis obras; 2.º, porque yo condenaba su táctica política; y 3.º, porque le había dicho y "demostrado", aún antes de que hubiera comenzado su agitación en el país, que era un contradictorio creer que el "Estado Prusiano" pudiera ejercer una acción socialista directa (2). En las cartas que me dirigió desde 1848 a 1863, así como en nuestras entrevistas personales, siempre se había pronunciado por el Partido que yo represento. Pero desde que se fué de Londres (fines de 1862) convencido de que no iba a seguir jugando a las prendas conmigo, decidí convertirme en "dictador obrero" contra mí y contra el viejo Partido. A pesar de todo, reconozco sus méritos como agitador, aunque cerca del fin de su corta carrera, su agitación se me presentó bajo una luz cada vez más equívoca. Su muerte súbita, nuestra vieja amistad, las cartas de condolencia de Hatzfeld, mi repugnancia por la insolencia cobarde de las hojas burguesas hacia aquel que en vida habían temido tanto, todo eso me llevó a publicar una carta de declaración contra ese miserable Blind; pero esta declaración no se refería a la acción misma de Lassalle (la Hatzfeld envió la declaración al Nordstern).

Por esas mismas razones y en la esperanza de poder alejar así los elementos que me parecían peligrosos, prometí, con Engels, colaborar en el "Sozial-Demokrat" (este órgano había publicado una traducción del Mensaje (3)). En cuanto a mí, según su deseo, a la muerte de Proudhon envié un artículo sobre éste y autoricé a la redacción a considerarnos como sus colaboradores, después que nos hubo enviado un programa satisfactorio. En fin, el hecho de que W. Liebknecht era miembro oficioso de la redacción nos sirvió también de garantía. No obstante, muy pronto se comprobó —recibimos la prueba en seguida— que Lassalle, de hecho, había traicionado al Partido. Había celebrado un verdadero contrato con Bismarck (naturalmente, sin recibir ninguna garantía por su lado).

Tenia que irse a Hamburgo a fines de setiembre de 1864, (con el loco Schramm (4) y el espía político prusiano, Marr) para "Forzar" allí a Bismarck a la anexión del Ecleshwig-Holstein, es decir, proclamar esta anexión en nombre de los "obreros". En compensación, Bismarck había prometido el sufragio universal y algunas charlatanerías socialistas. ¡Lás-

tima que Lassalle no haya podido representar esta comedia hasta el fin! Ella lo habría ridiculizado rudamente y hubiera mostrado cuanto había mistificado; ¡Toda otra tentativa de esta naturaleza fué imposible para siempre! (5).

Lassalle se lanzó sobre esta ruta falsa porque era un Realpolitiker (6) del género del señor Mikel, pero de la más grande envergadura y con móviles más elevados. By the bye (7), hacía tiempo que había señalado, a propósito de Miquel, que me explicaba su actitud basándose en que el National Verein (8) era una soberbia oportunidad para este abogadillo de Hanover de hacerse escuchar por Alemania fuera de las cuatro paredes de su casa. Quería también, de manera retroactiva, hacer valer su persona en el Hanover y representar "el Mirabeau hannovriano" bajo la protección de Prusia. Así como Mikel y sus amigos actuales, apoderándose de la "nueva era" inaugurada por el príncipe regente de Prusia, para **national zu vereinen** y pegarse al "hecho prusiano" (9), desplegaron su "fereza burguesa" bajo la protección de Prusia, así también Lassalle quería representar al marqués Posa (10) del proletariado con el Filipp II de Uckermark (11); y Bismarck debía servir de intermediario entre él y la realeza prusiana. Por otra parte, Lassalle no hacía más que imitar a esos señores del National Verein. Pero mientras estos últimos hacían un llamado a la "reacción" prusiana en interés de la clase media, Lassalle dió la mano a Bismarck en interés del proletariado. En cierto sentido la actitud de estas gentes era más justificada que la de Lassalle, ya que el burgués está habituado, como "realista", a considerar como su interés más inmediato el que se encuentra más cerca de la punta de su nariz. Además, de hecho, esta clase siempre llegó a un compromiso, hasta con el feudalismo, mientras que la clase obrera, por la naturaleza misma de las cosas, debe ser sinceramente revolucionaria.

Para una naturaleza teatralmente altiva como la de Lassalle, a quien no le podían corromper bagatelas tales como puestos, títulos de burgomaestre, etc., era una idea muy seductora la de una acción directa en favor del proletariado; realizada por Fernando Lassalle! En verdad, ignoraba totalmente las verdaderas condiciones económicas de una acción de esa naturaleza, para poder realizar una tarea crítica frente a sí mismo. En cuanto a los obreros alemanes, habían caído muy bajo la raíz de la vil política de realidades que los burgueses alemanes habían permitido la reacción de 1849-1859, y tolerado el embrutecimiento del pueblo; como para no acallar a ese salvador charlatan que les prometía hacerlos llegar de un salto a la tierra de promisión!

Tomemos de nuevo el hilo interrumpido más arriba. Apenas fundado el Sozial-Demokrat, se notó que la vieja Hatzfeld quería ejecutar enseguida el "testamento" de Lassalle. Estaba en relaciones con

Bismarck por intermedio de Wagner, de la Kreuz-Zeitung. Puso el Arbeiterverein (allgemeinen deutschen) y el Sozial-Demokrat, etc., a disposición de este último. La anexión del Schleswig-Holstein se iba a proclamar en el Sozial-Demokrat y Bismarck sería reconocido como Patrono. Todo el plan quedó frustrado por la presencia de Liebknecht en Berlín y en la redacción del Sozial-Demokrat. Aunque la redacción nos disgustó mucho a Engels y a mí, pese al culto por Lassalle y la coquetería ocasional con Bismarck, etc., en vigor, era más importante por el momento, naturalmente, no romper en forma pública con el diario, a fin de frustrar la intriga de la vieja Hatzfeld e impedir que el Partido Obrero quedara completamente comprometido. Por eso pusimos **bonne mine a mauvais jeu** (13), aunque escribiendo **privatim** al Sozial-Demokrat de que debía enfrentar tanto a Bismarck como a los progresistas. Hasta tomamos las intrigas contra la International Workingmen's Association (14) de Bernhard Becker —ese vanidoso lleno de sí mismo, que tomaba en serio la importancia que Lassalle le había legado por testamento.

Durante ese tiempo, los artículos del señor Schweitzer en el Sozial-Demokrat, se hacen cada vez más bismarckianos. Le había escrito antes que se podía intimidar a los progresistas en el "asunto de la coalición", pero que el **gobierno prusiano, nunca, jamás**, aceptaría la supresión completa de la ley de coalición, porque eso significaría una brecha en la burocracia, dejaría a los obreros fuera de tutela, traería la supresión del reglamento para los domésticos, la abolición de la paliza en campaña, etc., lo que Bismarck no permitiría, y que hasta es incompatible con el Estado de Funcionarios (15) prusiano. Agregaba aún, que si la Cámara rechazaba la ley de coalición, para mantener el gobierno se atrincheraría detrás de grandes frases —diciendo, por ejemplo, que la cuestión social exige medidas "más profundas", etc. Todo eso se confundió. ¿Y qué hizo el señor Schweitzer? Escribió un artículo en favor de Bismarck y reservó todo su heroísmo contra los infinitamente pequeños, tales como Schulte, Fancher, etc.

Estoy persuadido de que Schweitzer y consortes actúan de buena fe, pero son Realpolitiker. Quieren hacer el aparte de las circunstancias existentes y no dejar a los Mikelly Cia. el privilegio de la "política de realidades". (Esto últimos parecen querer reservarse el derecho d'intermixture (16) con el gobierno prusiano). Saben que las hojas obreras y el movimiento obrero en Prusia (y por consiguiente en el resto de Alemania) no se mantienen que **par la grâce de la police** (17). Quieren, pues, tomar las cosas como son y no provocar al gobierno, etc.; así como nuestros Realpolitiker "república" están prontos a aceptar un Kaiser, Hohenzollern "por añadidura".

Pero como yo y no un Realpolitiker, estimé necesario renunciar con Engels del



le dé una prueba de mi agradecimiento...

Se puso a burlar en sus bolsillos.

El viejo hizo una señal de rechazo con su ancha mano que no se abría.

—No se moleste, ciudadano; no tomaré su dinero.

—Pero, entonces, permítame al menos que le ofrezca... un desayuno... un vaso de vino... no importa qué...

—No lo rechazaré, — dijo el viejo después de un corto silencio. —Este es el segundo día en que apenas si he comido algo.

Herwegh mandó de inmediato al muchacho en procura del desayuno. A la espera, hizo sentar a su huésped. Este cayó pesadamente sobre una silla, puso las dos palmas de sus manos sobre las rodillas y encorvó los hombros...

Herwegh empezó a interrogarlo... pero el viejo le contestaba contrariado, con gesto triste. Estaba visiblemente extenuado. Por lo demás, no experimentaba ni emoción, ni temor; todo le era igual. Además, la conversación con un "burgués" no parecía de su gusto. Sin embargo, en la mesa se animó un poco. Después de comer y beber con avidez, poco a poco se puso a razonar.

—Prometimos en febrero al gobierno provisorio, que esperaríamos tres meses. Pasaron, y la miseria es siempre la misma; no hace más que crecer. El gobierno provisorio nos ha engañado. Prometió mucho y nada cumplió. No hizo nada por los trabajadores. Nosotros ya comimos nuestra galleta. No tenemos más qué comer. Los asuntos no marchan... ¡He aquí su bella república! Entonces, no teniendo nada que perder, ¡nos decidimos!

—Pero, permítame, — observó Herwegh, — ¿quién podrán esperar de una rebelión tan alacada?

Sozial-Demokrat haciendo una declaración pública. (Pronto la encontrará en algún diario).

Por esto, puede ver usted a un tiempo, por qué no puedo hacer nada actualmente en Prusia. El gobierno prusiano se negó categóricamente a nacionalizarme. No me permitirían la agitación en Prusia, sino cuando revistiera formas agradables a un señor Bismarck.

He preferido cien veces mi agitación aquí por la "Asociación Internacional". La influencia sobre el proletariado inglés es directa y de la mayor importancia. Actualmente, trabajamos mucho con la cuestión del sufragio universal, que tiene aquí, naturalmente, muy otra importancia que en Prusia.

En su conjunto, los progresos de esta Asociación sobrepasan todas las esperanzas aquí, en París, en Bélgica, en Suiza y en Italia. Sólo en Alemania se oponen a mí, naturalmente, los sucesores de Lassalle. Por una parte, temen de una manera insensata la pérdida de su importancia, por otra, conocen mi adhesión decidida contra los que los alemanes llaman *Realpolitik*. (Se trata de esta clase de "realidad" que coloca a Alemania tan lejos detrás de todos los países civilizados).

Dado que toda persona que compra un carnet de I chelín puede convertirse en miembro de la Asociación, que los franceses han elegido esta forma de adhesión individual (igual que los belgas) porque la ley les prohíbe unirse a nosotros como "Asociación", y dado que la situación, es semejante en Alemania, decidí invitar a mis amigos de aquí y los de Alemania a fundar pequeñas sociedades en cada localidad, cualquiera que sea el número de sus

miembros y en los que cada uno de ellos podrá tomar un *card of membership* (18). Como la Asociación inglesa es pública, nada se opone a esta manera de actuar, aún en Francia. Igualmente, estimaría que con sus próximos, entrara usted de esta manera en relaciones con Londres. Le agradezco su receta. De manera



(Grab. de J. Callot)

muy extraña, tres días antes de recibirla, tuve una nueva erupción de esta vil enfermedad. Llegó a punto, pues. De aquí a unos días le enviaré 24 Adressés (19) más.

Jules Romains se dirige a la Juventud

(Viene de la pág. 9)

en la opinión. Escudriñad las cosas fríamente.

Pero aquí todavía os queda el derecho de responder "pero es ésto lo que queremos".

Tenéis el derecho de ser hijos conscientes y organizados de la burguesía y de querer guardar por todos los medios las ventajas que le quedan. Tenéis el derecho de pensar: "entre el pueblo y nosotros, entre la masa y nosotros, no hay en realidad sino una cuestión de fuerza. No soltaremos nada de lo que podamos conservar todavía. Nos haremos matar, si es necesario, para salvar lo que quedará". Tenéis aún el derecho, si sois chicos realistas, denunciar al adversario, jurándole que no sois los guardianes blancos del capital, sino los guardianes del interés público. Tenéis todavía el derecho de pretender hacer creer al pueblo que queréis retornarlo a la sumisión para su bien.

Pero esos de entre vosotros que yo conozco, no parecen chicos realistas. Yo os he encontrado llenos de fuego y aún de generancia.

Desearis, es natural, llevar individualmente una vida interesante; procurar a vuestras facultades el empleo más amplio. Ambicionáis ocupar, si lo podéis, en la actividad social de vuestro país, puestos de mando. Pero no creo que los queráis obtener fraudulenta y fácilmente que, si más adelante hay ante vosotros un obrero o un empleado, que recibe vuestras órdenes pueda decir que no estáis en vuestro lugar, ni él en el suyo, si antes la

sociedad se hubiera tomado el trabajo de convertirse en más justa y si un día no hubierais dado precipitadamente, con vuestros camaradas, un golpe de fuerza para impedir un devenir más justo.

Esta idea os haría sufrir, ¿no es así? Al menos en vuestro orgullo.

Y mañana, si fuera necesario batiros "con esta idea", ver ante vosotros los hijos del pueblo, los que no tienen "privilegios" y tirar sobre ellos con esta idea — esta horrible idea de que tiráis simplemente para guardar vuestras ventajas, para conservar los triunfos que vuestra familia, antes del comienzo del fuego os ha deslizado en la manga como falsas cartas — las armas se os caerían de las manos ¿no es cierto?

Dejad eso a los viejos. Ellos son responsables por no querer ceder, por temblar de cólera imaginando que se les pueda pedir cuentas, y de juzgar inhabitable una sociedad que no sería seguramente, la de su juventud.

Dejad eso a los viejos y a sus numerosos servidores y parásitos, a los mercachifles de falso entusiasmo, a los mercachifles de papel y de opinión, y a todos esos intelectuales arrojados, de no haber asegurado sus últimos días a todos los sepulcros blanqueados, a todos esos que vemos uno tras otro, venir su rama por un plato de lentejas. Pero, hacid la prueba contraria, estimo que vosotros, vosotros valéis más que eso.

JULES ROMAINE.

Un amigo me interrumpo en este instante, y como tengo que enviar esta carta lo más pronto, dejo para a próxima vez mi respuesta a los otros puntos de su carta.

Vuestro K. M.

(1) Carlos Marx escribió esta carta, en la que se expresa sin reservas y detalladamente sobre Lassalle, alrededor de meses después de la muerte de este último.

Los editores de *Neue Zeit*, al publicar la menor alusión al hecho de que la colección era incompleta, dos días después del envío de esta carta a Keigelmann, Marx le escribió a Engels: "No he ocultado la verdad" (sobre Lassalle).

(2) Lassalle estaba persuadido de que Bismarck, en su lucha contra el particularismo de la burguesía para la unificación del Imperio Alemán bajo la égida de Prusia, tenía necesidad de apoyarse en las masas. Quería influenciar a Bismarck en ese sentido y creía, en cambio, que el Estado Prusiano se vería obligado a adoptar medidas socialistas.

(3) Mensaje inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

(4) Aquí se trata de Rudolf Schraun... (5) De algunos debates en el Reichstag después de 1870, resulta que Bismarck y Lassalle habían cambiado algunas cartas y mantuvieron conversaciones. Hasta éstos últimos tiempos no se dispuso de ningún documento sobre el contenido de esas cartas, pero hace algunos años se descubrió en un armario secreto del Ministerio del Interior de Prusia, la correspondencia entre Lassalle y Bismarck.

Muestran esos documentos que Lassalle estaba muy en serio la posibilidad de una "realidad social" y creía poder vencer a Bismarck de que, si su ayuda, no realizara la unificación del Imperio Alemán. La acción del Schleswig-Holstein "por los obreros" formaba parte de su plan de alianza política con Bismarck.

(6) Hombre político para quien sólo cuenta la "realidad", es decir, los resultados inmediatos.

(7) Unión Nacional. Asociación de la gran burguesía creada hacia 1860. Entre sus fundadores se encontraba un gran número de participantes en la Revolución de 1848.

Los miembros del Partido Nacional, fundaron más tarde el Partido Nacional Liberal que selló el compromiso con Bismarck y Prusia. (8) Natal Vorein, es decir, crear un *Nationalverein*, sellar un compromiso con Bismarck. Después de diez años de negra reacción, como el gobierno del príncipe regente de Prusia instauró un régimen algo más liberal, la antigua burguesía de oposición se apresuró a saludar esta "nueva era" y se anuló la dominación prusiana, a su militarismo y a su burguesía.

(10) El marqués Posa es el héroe de una pieza de Schiller que se empeña "en persuadir al tirano Filipo II de la justicia de su causa. El marqués Posa se convirtió en el símbolo del jefe que cree poder modelar el curso de la historia gracias a sus cualidades personales, su inteligencia, etc.

(11) El rey de Prusia.

(12) La Asociación General Obrera.

(13) A mal tiempo buena cara.

(14) La Asociación Internacional de los Trabajadores.

(15) En el sentido de "Estado en el que la influencia del funcionario es predominante".

(16) De intermixture.

(17) Que por gracia de la policía.

(18) Carnet de adherencia.

(19) Mensaje Inaugural.

Sostener

MONDE
es defender

La Cultura

Enviad vuestra suscripción

Juan José Morosoli

La Rezadora

REZADORAS habría muchas, pero como doña Natividad Vega no había ninguna. Ella sabía llevar un rezo, puntándolo solamente. Sabía también levantar un rezo caído, cuando el montón de mujeres que hacen pena en el cuarto del doliente se entregan de sueño, y apagan despacio la voz, por fuerza del mismo rezo, que es un llama - sueño. Ella sabía destapar un llanto cuando a un paciente se le encorazaba en el pecho y le dolía el corazón sin poderse desahogar, cosa peligrosa que puede traer muy mal resultado. Con un mate de cedrón y unas palabras ella arreglaba el asunto. Era una mujer que no tenía precio para hacer llorar bien una muerte...

Cuando se murió el finado Pedro Denis — que andaba mal con la mujer— ésta dijo que "no lo iba a ver ni cuando estuviera con el último traje".

La fueron a buscar para que se fuera a despedir del pobre que estaba boquiando, pero la mujer le contestó a Benito Peña:

—Si me dejan reír, voy...
Era una mujer de esas que han perdido el alma en la puerta del mundo y la encuentran en la puerta del mundo cuando se van. Pues a esa mujer, Natividad la hizo llorar.

A las siete murió Denis y a las ocho las mujeres andaban ya las pchedas, volteando mesitas de poner flores, o a las carceras buscando frascos para hacerle oler a la vida que tenía un ataque de nervios...

Después hizo hacer un retrato a lápiz por uno que vendía novelas por entregas. Daba un retrato a lápiz de yapa. La novela no la leyó. La compró por el retrato.

Natividad era chiquita, sin pechos, derecha como una tabla, con una cadera de avispa y con los pies chuequeando para adentro como las cotorras. Su única compañía era un perro pelado, de esos que se dejan dormir a los pies en invierno para evitar fríos y reumatismos. Había tenido marido.

Le pasó lo que a muchas de aquel tiempo: se casó con un italiano bien mozo — uno de los cinco buenas fichas que vivieron cuando hicieron el cuartel grande— y cuando no tuvieron más trabajo se fueron y "si te he visto no me acuerdo". Decían que los gringos eran casados en Italia.

Lo que más le gustaba a Natividad era paladear las madrugadas.

Era sin fin para el mate. Nadie le oyó nunca dar las gracias y le iba haciendo asentitos chicos de año a la mateada.

Cuando ya empezaba a bordearse de claro el cielo, caía una acreadora.

—Y no va a tomar nada, doña Natividad? Toda la noche con el estómago vacío...

—Poné un pedacito de carne en las brasas, mi'ja...

Natividad, con su capita negra con tres hilos de trencilla, se pone a los pies del muerto:

—Vamos a darle las gracias a Dios por el primer día de cielo del finado.

Levantaba los brazos y entonces se hacía grandota de alas.

—Apagá las velas— le decía a la despalabradora.

—Cierren los ojos pa que Dios recoja l'alma del finado,— ordenaba.

Y tras breve silencio:

—Prené la luz otra vez... Ahora sí; ya que el pobre estará tranquilo, v'ia probar el diente...

II

En el fondo enyuyado, con caminitos rayados de nácar de las babosas-carretas, y los caracoles; entre el olor al hinojal y al cedrón y el despertar de la pajarrera, bajo la pita de manos sin dedos, despacito, cortando la carne arriba del pan, mientras el sol hacía juegos en la cresta de vidrio de botella que le ponían a los cerros, para que no saltaran los muchachos a robar fruta, ella comía el asadito.

La campana de la iglesia parecía soltar las palomas, que salían volando campo afuera.

Por la puerta de la casa del muerto entraban a firmar y mirar un rato en silencio, los jugadores que salían del café corridos por la luz, con las mejillas sombreadas de la vigilia, y los carniceros, a quienes la mañana con su luz esplendorosa llamaba hacia el trabajo.

Natividad se iba también con la luz. Ella tenía con la noche una amistad honda y antigua.

Gastadita de vejez, Natividad se iba achicando mientras se le iban agrandando las alas negras.

Era entre las cuatro velas una mariposa que no podía volar.

El rezo —el quinto del credo— se iba apagando como el fueguito del brasero brasileño que ella dejaba prendido al salir, con colcha de ceniza para que calentara la pieza sin apagarse.

Arrastrado apenas por ella, el "rezo coreado" tenía rumor de camoati, se hacía pesado.

"La muchacha" —una mujer de cuarenta años— que ahora traía Natividad para iniciarla en los ritos —"algún día yo también voy a marcharme", decía seguido,— le empujaba las palabras iniciales:

... Padre Todopoderoso... y Natividad recogía el trocito de cedrón tocando el rezo:

... Ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos...

Aleteaban los brazos tirando agua san-

Suscribese a

MONDE

5 números \$ 0.50

ta sobre el muerto. Pero aleteaban cada vez menos.

Las velas pagaban tirones de luz.

—Esas vela están muy mal; despábilas muchacha.

Y la otra respondía:

—Son sus ojos, doña Natividad; tan cabecando nomás las velas...
Ya apuraba también "la entrada del muerto al cielo", no esperando el día para hacerlo, como antes.

Tampoco iba muy lejos del pueblo a rezar y le sacaba el cuerpo a los muertos muy pobres.

III

Apurando el rezo enganchó un ala en el velario de siete luces de la capilla de primera. Lo tiró al suelo.

—¡Carama! — dijo Vicenta, la rezadora nueva, — ¿no ve las luces?

—¡Qué desgracia!...

Aquel amanecer de junio, con el prendedor de la Cruz del Sur tiritando en el cielo limpio, el pelado aulló en el cuarto.

Natividad había quedado quieta y pequetita bajo las ropas de la cama.

El poquito pelo gris le daba frío a las sienas húmidas.

La capita colgando abierta en la silla era como dos alas sin cuerpo.

Del libro "Los Albañiles de los Tapas"— Editorial "Amigos del libro Rioplatense".

C. T. I. U. PUBLICARA UNA ANTOLOGIA EN MAYO. — SE TITULARA:

"Poemas de la Libertad"

El Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, perseverando en su activa labor cultural, ha programado para el próximo mes de Mayo, la publicación de una antología poética bajo el título de "Poemas de la Libertad", que reunirá a todas aquellas composiciones que canten libremente los derechos del hombre, las ansias de libertad de los pueblos oprimidos, las luchas de la clase obrera, etc. y cuya expresión puede ir desde el tono trágico o dramático hasta la sátira.

Signo indiscutible de nuestra época, será la aparición de este libro. La barbarie de la guerra y del fascismo; los gobiernos despóticos, la mordaza al pensamiento libre del hombre, el cercenamiento de las libertades democráticas, arranca también de su posición de contemplación especulativa a los hombres de la música y del ritmo.

Como Luis Aragón en Francia, como Rafael Alberti y los hermanos Machado en España, como González Tuñón, Córdoba Iturburu y otros en la Argentina, el Uruguay tendrá también sus poetas de combate o simplemente sus poetas que aman y cantan a la Libertad.

Esperamos que este libro que ha de marcar indiscutiblemente una época en la historia de la lírica del país.

ción, que no habían sabido resolver, ni los románticos, con Fichte y Schelling, ni Hegel, ni la Izquierda hegeliana. Ya no se planteaba más la acción de manera metafísica sobre el plano de la oposición entre el ser y el pensamiento; ni se reducía, como en Hegel, a la actividad espiritual; ni, finalmente, era concebida a la manera de Hess, como anterior y superior a la actividad humana práctica y concreta, pero integrada en ella.

De este modo, Marx tenía que desear todo dogmatismo y toda utopía, y fundar su doctrina sobre la realidad económica y social, de la que en adelante, iba a esforzarse por deducir sus leyes.

En resumen, a despecho de su carácter diametralmente opuesto, la doctrina de Marx aparecía como el acabamiento, el término de las teorías románticas, que inspirándose en la noción de vida como principio primero de los seres y de las cosas, se esforzaban por alcanzar una concepción monista y orgánica del mundo considerado en su desenvolvimiento. Mientras que los románticos se esforzaban por resolver el problema de la unidad del hombre y del mundo sobre el plano espiritual, Marx encontraba la solución de ese problema sobre el plano opuesto del materialismo. Esta evolución del espiritualismo al materialismo no debe ser reducida a una evolución puramente conceptual o intelectual, si se quiere comprender sus razones profundas, desde que fue determinada esencialmente por el desenvolvimiento económico, político y social de Alemania.

Fichte, cuya doctrina traducía de manera ideológica las aspiraciones de una burguesía naciente, muy débil aún para realizarse, se mantenía sobre el terreno de la utopía, reduciendo al espíritu e integrando en el Yo toda la realidad del mundo exterior, que el Yo creaba y modificaba a su agrado.

Hegel, cuyo sistema reflejaba un desarrollo económico y social más acentuado de la burguesía, no recurría a la utopía como Fichte, y se dedicaba a demostrar cómo el desarrollo de la historia resultaba del movimiento mismo del Espíritu, que se realizaba progresivamente en el mundo, y no de un acto arbitrario de la voluntad. Aún cuando Hegel atribuía un papel determinante al Espíritu en la evolución del mundo, el movimiento del Espíritu no era para él más

que la expresión ideológica del desarrollo mismo de las cosas y, por una inversión de papeles, buscaba hacer de la realidad el sujeto, y de la idea el atributo, para pasar del espiritualismo al materialismo.

Esta debía ser la obra de la Izquierda hegeliana y, en particular, de K. Marx. Bajo la influencia de la evolución económica, política y social, la Izquierda hegeliana, en efecto, iba a transformar la doctrina de He-



gel, oponiendo primero con B. Bauer el método dialéctico revolucionario al sistema conservador hegeliano y después, con Feuerbach, atribuyendo a la realidad concreta, y no al espíritu, el papel determinante en la evolución.

Sin embargo, esta crítica seguía siendo fragmentaria e insuficiente y aún en ciertos aspectos mostraba un retroceso con relación a la doctrina de Hegel. Por una parte, la filosofía crítica de B. Bauer, regresando a la filosofía de Fichte, revestía un carácter subjetivo y utópico que la dejaba sin acción sobre lo real, y por otra parte, Feuerbach, considerando la acción del medio sobre el hombre, pero no la del hombre sobre su medio, era incapaz de explicar la evolución histórica y demostrar cómo en el curso de ésta se realizaba efectivamente la unión del pensamiento y del ser, del sujeto y del objeto.

M. Hess, que traducía las aspiraciones del proletariado naciente, se proponía no sólo explicar, sino transformar la organización económica y social, y con su filosofía de la acción, que reunía los elementos esenciales de la doctrina de B. Bauer y la de Feuer-

bach, iba a preparar la solución que Marx debía dedicar y exponer.

No obstante, su filosofía de la acción iba a permanecer estéril, porque consideraba la acción fuera de la actividad humana práctica y concreta, y no lograba explicar cómo la evolución histórica nace del desarrollo mismo de la actividad económica y social, y por lo tanto, para establecer su sistema, se veía arrastrado a recurrir a la utopía.

ESTABA reservada a Marx la solución del doble problema de la unidad del hombre y del mundo y del desarrollo histórico, al demostrar cómo ese desarrollo es el producto de la actividad humana en la que se realiza la síntesis del sujeto y del objeto, del espíritu y del ser. En su doctrina conservaba la noción capital de la filosofía hegeliana de la unión necesaria entre la idea y la realidad, entre el hombre y el mundo exterior; unión que se traducía por una acción y una reacción incesantes, que engendraban un movimiento, un desarrollo dialéctico. Pero Marx, a diferencia de Hegel, consideraba que esta unión se realiza, no ya en y por el concepto, sino en y por la actividad práctica, lo que necesariamente daba a su sistema un carácter materialista y lo conducía a buscar las leyes de la acción práctica y concreta, las leyes de la actividad económica y social, y no las leyes del pensamiento.

En esta investigación, por una parte, debía inspirarse en las doctrinas históricas y socialistas francesas y, por otra parte, en las teorías económicas inglesas. Por esto ha podido decirse con justeza por F. Mehring, que la doctrina de Marx constituía una síntesis de la filosofía alemana, de las concepciones socialistas francesas y de los sistemas económicos ingleses.

Suscribiendo este juicio, debe considerarse que Marx no realizó esta síntesis sino después de haber planteado los fundamentos esenciales del materialismo dialéctico e histórico; que desde este punto de vista, estudió y criticó en primer término las diversas teorías socialistas y económicas; y que fue esa concepción materialista la que le permitió hacer de tal síntesis, no una mescolanza ecléctica, sino una doctrina, a la vez original, sólida y profunda.

FIN
A. CORNU.

Andrée Viollis

LA CONFERENCIA JURIDICA INTERNACIONAL SOBRE EL "DERECHO NACIONAL-SOCIALISTA"

No fue anunciada ni comentada al son de trompetas, nada de los títulos sensacionales que en los diarios señalan el match de fútbol París - Budapest, o el misterioso drama americano, en el transcurso de una orgía. No, el silencio en la gran prensa. Por otra parte parte, aquí y allá, algunas gacetas simpatéticas pero breves. Sin embargo, esta Conferencia Jurídica Internacional que agrupa a más de trescientos juristas, magistrados y profesores, marca uno de esos raros instantes en los que por la voz de algunos hombres que tienen derecho, la conciencia universal habla, juzga y condena con una fuerza cuyo eco no puede sino prolongarse y propagarse a través de millones de conciencias individuales. Un veredicto que hace época y forma una opinión.

Vuelvo a ver la escena. Es en la sala de la Sociedad de Fomento de la Industria Nacional, una sala de sólida opulencia, ornada de pesadas lámparas y de retratos aparatosos donde se reúnen los grandes sindicatos patronales.

Varias centenas de mujeres, hombres y jóvenes, sobretodo pertenecientes a todas las razas y a todas las naciones, especialistas de Derecho la mayor parte, están allí apretados sobre los escaños, amontonados en el fondo de la sala y en los pasillos, con las miradas atentas, apasionadas, orientadas hacia la tribuna.

En esta tribuna, fraternalmente sentados, una cincuenta de los más eminentes juristas y abogados de Europa. Todos los tipos y todas las elocuencias: el senador sueco Branting, el gran demócrata que tuvo una actuación tan importante en el famoso caso del proceso de Londres sobre el incendio del Reichstag; Joan Cosanovas, presidente del Parlamento Catalán; Ortega y Gasset, diputado a las Cortes; el gran "barrister" Harold Paton; y el Profesor Harold Laski ambos celebridades de Londres; el italiano Modigliani; el polaco Duraz; los belgas Vermeyley y Dellerneux; los proscripitos alemanes Marcky Breitscheid, uno, antiguo profesor de Derecho en Breslau y el otro ex diputado en el Reichstag. ¿Cuántos más aún?... Y después, he aquí los franceses: Marius Moutet, con su senilicé y su arrogancia; Marcel Williard, el alma misma de esta conferencia, el alma más pura y más noble; Compiègne, con sus rasgos incisivos, su fina sonrisa, radiante de simpatía; la máscara móvil de Moro-Giafferi, su arrabato y sus gestos de prestidigitador. Hélos allí, los maestros de nuestro Foro, de los que estamos tan justamente orgullosos reunidos con los hombres ilustres llegados de los cuatro puntos cardinales para enjuiciar al derecho nacional - socialista, negación de los principios sobre los que reposa la vida de nuestra civilización.

Primero las pérdidas leyes de Nuremberg que han hecho de los 450.000 judíos de Alemania, 450.000 parias. Privados de sus derechos políticos, excluidos de las funciones públicas, tratados en el ejercicio de sus profesiones, explotados de sus bienes, sin poder comprar ni vender, ni entrar en Alemania, ni salir; tratados como pestíferos en las escuelas, en los lugares públicos y aún en

la calle, condenados a muerte civil, estos infelices deben sin embargo bajo pena de castigo, cumplir deberes y sufrir las cargas impuestas a los demás condenados. Más aún, con impudicia se introducen con efraición en su vida íntima y hasta en su corazón; se quiere privarles del derecho esencial de unirse en el matrimonio o fuera de él, al ser que hayan elegido; se quiere separar las parejas cuyos lazos han sido consagrados por el tiempo y los hijos; y sin cuidado del ridículo se vigila bufonescamente sus costumbres, se desenlazan los brazos, se cuentan los besos, se castigan los desfalecimientos pasajeros; detalle grotesco o se impone a sus sirvientes la edad canónica de los criados de presbiterio (Todo esto bajo pena de sanciones que comprenden, la multa, la prisión, los trabajos forzados. Peor que en la Edad Media, se excluye este medio millón de judíos de la comunidad humana, se los cerca en un Ghetto moral y perpetuo.

"Obra de violencia desenfadada, que, por un momento de hipocresía, se esconde bajo la máscara del derecho". Exclama Marius Moutet. Se asombra y se indigna de que escritores franceses, y entre ellos un oficial de la literatura, un académico, se hayan atrevido a asistir a las fiestas de Nuremberg, celebradas en honor de estas leyes que son un insulto a la ley.

Ahora se trata del proceso Thaelmann, el diputado comunista al Reichstag.

M. E. De Moro Giafferi, con su conmovedora nostalgia, nos recuerda las peripecias del proceso. Después de más de dos años y medio, desde el 3 de Marzo de 1933, está preso este hombre, que aún aquellos que no combaten sus ideas, admiran y respetan. Fue detenido sin causa, o más bien bajo el único pretexto de que, hallándose ausente al momento del incendio del Reichstag, hubiera podido participar en él, por lo menos con la intención. Nada contiene el acta de acusación. Se ha tentado todo para perderlo; se ha indagado su vida privada, investigado en los lugares más infames, suscitado las más bajas calumnias. Trabajo perdido: Thaelmann es de una irritante pureza. Su vida pública es igualmente irreprochable. Su crimen consiste en haber votado contra los créditos militares en 1914. Enemigo del militarismo fue siempre un apóstol de la paz y de la fraternidad entre los pueblos. He aquí lo que no le han perdonado "los vendedores de cascos", como decía Aristófanes.

Hace pues dos años y medio que Thaelmann, aislado, maltratado, víctima de todas las torturas, pide jueces. Dos años que el Procurador General declaraba: "El proceso está pronto". Desde entonces ha sido sometido seis veces. Se ha modificado la ley en su perjuicio. Se ha promulgado esa monstruosa teoría de la analogía penal. Se ha instituido ese Tribunal de excepción, consagrado al servilismo y que por burla se bautiza con el nombre de tribunal del pueblo. Pero parece que retroceden ante el escándalo universal de una condena.

¿Quién sabe, acaso, si el desenlace no será desenfadado de pronto? Thaelmann está en peligro y no es el único. Setenta y ocho prisioneros políticos han caído ya bajo el hacha. Más de nueve mil años de trabajos forzados

han sido aplicados. Pero hay otros, condenados a muerte que no se atreven a ejecutarlos. Millones de hombres esperan en las prisiones que se decida su suerte.

"Defendidos por para defensores vuestros mismos", exclama M. E. Moro Giafferi, con voz patética.

Dos instantes de emoción habían ya levantado la sala: un hombre rubio, de cabeza y hombros cuadrados, avanzaba hacia la tribuna, con el paso cadencioso de un soldado: M. E. Roetter, el abogado de Thaelmann. Perteneciendo al partido nacional - socialista, fue designado de oficio para asegurar la defensa del acusado. Su honor profesional, su conciencia de hombre, se sublevaron contra la inconsistencia de la acusación y las exigencias de los magistrados. Expresó su indignación y fue arrastrado a la cárcel con su mujer; ambos fueron insultados y torturados, terminándose por expulsarlos. De pie, de un solo impulso, la sala hizo una ovación a este mártir del foro.

Después de auditorio de juristas, fatigado sin embargo por un oficio fértil en dramática, debía comoverse más aún ante las palabras de un Belga, M. E. Dellerneux, que conoció mucho la Alemania pre - hitleriana. Delegado al Congreso de Derecho Penal que se efectuó recientemente en Berlín, fue el testigo estupefacto y entristecido del rebajamiento en el que habían caído sus colegas germanos, miembros del mismo Congreso.

Cumpliendo las órdenes recibidas de defender los métodos de violencia del código nacional - socialista y de justificar la despiadada represión de los delitos de opinión, "vataban dice — como un solo hombre, contra su conciencia, contra su antiguo ideal de libertad y de democracia."

Felizmente los delegados de otros países, uniéndose en un frente común, hicieron fracasar esta tentativa de acaparar el Congreso de Berlín. M. E. Dellerneux fue después a ver a sus amigos, los que quedaban, los que no estaban muertos en la cárcel, en las prisiones y los campos de concentración o perdidos en el destierro. Profesores, médicos, abogados, sabios, los volvió a encontrar en su laboratorio, su cátedra, su gabinete, aparentando haber aceptado el régimen y aún ser partidarios. Quebrados, envejecidos, con la mirada apagada, continuaban viviendo y trabajando. Pero de noche, en sus casas, una vezidos los sirvientes, con las puertas y postigos cerrados, dejaban estallar su corazón y su dolor. Relataron las persecuciones, las humillaciones, sus ideas mutiladas, su ideal amputado, sus terrores y su vergüenza. Después, en el momento de la partida, con los brazos extendidos y las lágrimas en los ojos quemados, lanzaron este llamado patético:

"Vosotros, los de los países libres, no os juzguéis. ¡Comprendednos y no os abandonéis!"

Un estrechamiento de piedad fraternal y de simpatía profunda recorrió el auditorio. Cada uno de nosotros hubiera querido responder a este llamado y decir a esos intelectuales del otro lado del Rhin, a esos sabios, a esos artistas, a esos escritores, que el mundo no se desinteresa por su suerte.

(Continúa en el próximo número)

Heinrich Mann habla del derecho de asilo ante la Sociedad de las Naciones

EN el mes de diciembre último se encontraba en Ginebra una delegación que la "comunidad de trabajo de los emigrados alemanes en Francia" había enviado allí para exponer ante una comisión de estudio de la Sociedad de las Naciones los deseos y reivindicaciones de todos los emigrados anti-fascistas. Al frente de la delegación se encontraba el gran escritor alemán Heinrich Mann. Nadie más indicado que él para cumplir la misión cultural de los emigrados alemanes ante la Comisión de estudio de la Sociedad de las Naciones. He aquí lo que dijo, especialmente, en el discurso pronunciado en el Palacio de la Sociedad de las Naciones: "La cultura alemana que antes era considerada con razón, como

"una avanzada "activa" de la Humanidad, se ha transformado en un engaño en el Tercer Reich. Ya no integra la vida nacional; no sirve ya sino como medio de "propaganda al estado nacional-socialista.

"En el fondo lo que el Estado alemán persigue es la civilización. Su odio no está dirigido contra los emigrados, sino contra la moral y la honradez, y como consecuencia, también contra vosotros y contra todo lo que constituya un lazo "moral entre los hombres. ¿De qué otro modo se explicarían que todos los actos "del gobierno alemán provoquen a la vez "asombro y repugnancia? Este gobierno "no piensa sino en la perdición de los que "han tenido la suerte de escapar a su ataca "que directo. Por eso no piensa sino en

"obstaculizar todo lo que otros puedan "hacer para ayudarnos. Y no habla de las "odiosas hazas de la "Gestapo" y de "de lado los raptos y asesinatos de que "han sido víctimas los emigrados alemanes".

Heinrich Mann hizo resaltar con valentía al fin de su discurso, el carácter combativo de la emigración alemana: "Nos sentimos con fuerzas para hacer volver un día a nuestro país a la ley común y colorarlo de nuevo en el seno de una humanidad que se respete". Fue así que bajo una forma singularmente digna la Sociedad de las Naciones conoció la necesidad de acordar a todos los emigrados antifascistas, un derecho de asilo ilimitado en los países de alta cultura.

Jean Guhenno

JUVENTUD

Conozco una imagen admirable, tan llena de sentido que cada vez que la contemplo surgen en mi cerebro nuevas ideas como si hiciera una nueva lectura.

Es una sanguina de Vinci. Se ve en ella a un viejo y a un joven frente a frente: la boca cerrada, los ojos fijos, se miran y, a pesar suyo, permanecen mutuamente impenetrables.

Ese viejo ha vivido, seguramente, una noble vida; querría dar a la joven cabeza rizada, que cinge una corona, sus virtudes y su fe. Pero el joven sabe ya que es dueño del porvenir, que no tiene más dones que recibir, que toda su riqueza está en él, y hay en su actitud, cierta dulzura inflexible y cruel.

Esa imagen tan cargada de misterio es la que acude a mi espíritu cuando pienso en el drama de las generaciones.

Juventud, he llegado a la edad en que se comienza a mirarte en los ojos. Todo te será entregado, todo va a depender de tu lucidez y de tu valor. Tengo confianza.

Perdónanos tus miserias y tus inquietudes. Te juro que no ha dependido de nosotros el que no entres en un mundo más bello. Hemos hecho lo que hemos podido. Y déjanos decirte que si tú sufres angustias, nuestra juventud no fué mucho más feliz. Tu mal fué el nuestro. Heredas penas que nosotros hemos sufrido y los viejos fueron más duros con nosotros que lo que nosotros seremos contigo.

Es cierto que, desde el principio, la vida te parece imposible. Te preguntas qué oficio seguir, cómo ganar el pan. Pensamientos interesados y mentirosos te rondan como viejas prostitutas. Tratan de enrolarte. Quisieran enseñarte a marchar a paso cadencioso, a ese paso que conduce a la guerra. Desconfía. Pero si eres verdaderamente joven, triunfarás en todo eso y el porvenir te pertenece. Ser joven significa negarse a vivir tan sólo una vida heredada. Un heredero nunca es muy joven: tiene la edad de los bienes que hereda y, en consecuencia, la prudencia avara que se necesita para salvaguardarlos.

Ser joven es conquistar la vida y si ésta es mala, encontrar en sí mismo los recursos de la inteligencia y del corazón para cambiarla.

Saldrás de tu miseria y nos sacarás contigo de ella si llevas verdaderamente en tí la juventud de tu país.

Porque, entendiéndolo bien, este país, Fran-

cia, es joven. No escuches a los viejos, que queriéndote atraer a su chochez y obtener tu obediencia y tu respeto, te dicen que es viejo. No vivas, como ellos, bajo el signo del miedo.

Yo quiero decirte uno de esos secretos que se conocen entre los treinta y cuarenta años; no son los hombres los que son jóvenes o viejos. Son sus ideas. Los hombres se gastan muy pronto. Para ser joven y seguir siéndolo, es necesario tener ideas jóvenes. Un hombre tiene la edad de sus ideas. Y bien! hay, en Francia, una idea muy nueva. No tiene más de ciento cincuenta años de edad y con respecto a la historia, tan terriblemente lenta, ciento cincuenta años no son nada. Es una idea según la cual no hay política justa si no radica en la confianza hacia todos

los hombres y que funda el orden social sobre nuestra razón y nuestra dignidad.

Desde Bonald, Maistre y tantos otros privilegiados hasta Maurras y Daudet, pasando por Taine y Barrés, se ha pretendido sostener que es una locura que nos ha atacado. Dicen que es un sueño de "gentes de la calle" y querrian, quizás, que nos mantuviéramos en nuestra calle. Amemos y cultivemos esa locura. Si somos bastante locos, a fuerza de razón, llegaremos a inventar una sociedad justa. La justicia no es natural. No puede ser sino la creación, la invención de los hombres. Debes atenerte a ese sueño, juventud, pórtate seriamente con él, y, estoy seguro que, además de vencer tus propias dificultades, darás a tu país los medios de alcanzar y de servir a la humanidad.

Distribuidores de MONDE

- ARGENTINA:** Librería "Fueyo". — Entre Ríos 1066. — Buenos Aires.
 Sociedad Editora de Publicaciones y Anexos (S. E. P. A.) — Corriente 871.
 Rosario de Santa Fé.
 Librería de Occidente. — Avenida Colón 14. — Córdoba.
- MÉJICO:** Ediciones "Frente Cultural". — Apartado 8913. — Méjico D. F.
 En el Distrito Federal: Librería Navarro. — Seminario 12. — Méjico D. F.
- CHILE:** Leoncio Morales. - Clasificador E 372. - Santiago.
- ECUADOR:** Víctor E. Hernández E. — Apartado N.º 45. — Guayaquil.
- PANAMA:** César Luis Sánchez. — Panamá.
- CUBA:** La Casa del Libro, de José Ma. Martínez. — Pi y Margall 56. — (Obispo) Habana.
- COLOMBIA:** Marco A. Guzmán. — Calle 15 Carrera 6 y 7 N.º 519. — Cali.
- URUGUAY:** Administración de MONDE. Rincón 615. — Montevideo.

AGENTES EN LAS CAPITALES Y CIUDADES DEL INTERIOR

SUSCRIBASE A:

- "MOVIMIENTO" — Organo del Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay
- "UNIDAD" — Organo de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (Argentina)
- "AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE" — Un buen libro cada mes.
- Lea "MUNDO URUGUAYO" — La revista de mayor difusión.
-
-

A nuestros lectores:

El próximo número de "MONDE" aparecerá el 15 de Abril.